

## EL ANTAGONISMO DE LOS CREDOS CRISTIANOS.

### LA BIBLIA Y EL CREDO.

La Biblia es la palabra de Dios al hombre; el Credo es la respuesta del hombre á Dios. La Biblia es el libro que debe ser comentado y aplicado; el Credo es un sumario de la Biblia y el modo que la Iglesia tiene de entenderla. La Biblia contiene en sí la verdad infalible, inalterable y nueva como si acabase de salir de la boca de su autor; el Credo es una consignacion humana de la verdad, más ó menos imperfecta, falible y sujeta á progresar con el desarrollo y progreso de la Iglesia.

La Biblia es la verdad en forma de vida y hecho; el Credo es la verdad en forma de lógica y dogma. La Biblia es la suficiente y la única regla de la fe (*norma credendi*); el Credo es la regla de la doctrina pública (*norma docendi*) desprendida de la Biblia y el salvaguardia de ella contra las perversiones y corrupciones heréticas. La Biblia contiene todo lo necesario para salvarse; el Credo no debe contener ningun artículo que no haya sido claramente revelado. La autoridad de la Biblia es divina y absoluta; la autoridad del Credo es eclesiástica y relativa. La Biblia es la que regula y corrige el Credo, y debe existir siempre como tribunal supremo á donde vayan á decidirse las diferencias que se establezcan entre los distintos credos.

En el estado de division que ofrece en la actualidad el Cristianismo existen tantos credos como Iglesias y sectas. Todos pretenden derivarse de la Biblia, ó, por lo ménos, estar de acuerdo con ella, y, sin embargo, todos difieren, todos son antagónicos en parte é irreconciliables en la apariencia.

Permitasenos revisarlos brevemente por su orden histórico, y entónces veremos hasta qué punto se compadecen ó se separan, y en qué modo pueden conciliarse.

### LA CONFESION DE PEDRO.

El Credo primero y fundamental, y el que debe constituir siempre el corazon de todos los demas, es la respuesta de Pedro á la pregunta de su Maestro: «¿Quién suponeis vosotros que yo soy?» Y con su fe personal confiesa que el hombre Jesus de Nazareth es el Mesías prometido, el hijo de Dios vivo.

Esta confesion no procede de la carne y de la sangre, sino que nuestro celeste Padre la reveló á la mente y al corazon de Pedro por medio de su Santo Espíritu. Esta confesion es la roca inmóvil sobre la cual Jesucristo, el divino arquitecto, edificó su Iglesia. Esta confesion es la bandera y la piedra de toque de todo credo, el cual será verdadero ó falso en cuanto convenga ó se separe de su espíritu. Cristo, el Dios-Hombre, el Salvador prometido, es el principio, el medio y el fin de nuestra fe y vida espiritual. Todos los demas artículos de fe deben agruparse en torno de éste. El credo de la Iglesia conciliada del porvenir, no será más que un desenvolvimiento de la confesion con la cual dió principio. El oro, la plata y muchas piedras preciosas de la verdad divina han sido colocadas sobre ese cimiento y subsistirán con él. La paja del error será quemada y aventada.

### LOS CREDOS BAPTISMALES DE LA PRIMERA IGLESIA.

De la confesion de Pedro, con referencia á la fórmula bautismal, se han derivado lógicamente las reglas de la fe ó los credos bautismales de la Iglesia ante-Nicena. Los encontramos mencionados incidentalmente en los escritos de Irineo, Tertuliano, Orígenes, Novaciano, Cipriano, Rufino, Agustín, Jerónimo y otros, como expresion de la fe del Cristianismo católico á diferencia del Judaismo, del Gentilismo y del pseudo-Cristianismo de los herejes. En un principio no fueron encomendados á la escritura, sino trasmitidos oralmente y enseñados á los catecúmenos poco ántes del bautismo, como una parte de «la disciplina interna,» la cual ocultaba y resguardaba los sacramentos del bautismo y de la eucaristía de la profanacion de los gentiles. Varían considerablemente en la forma y en la extension, pero todos vienen á convenir en la sustancia y á resolverse en tres artículos que guardan conformidad con la base trina de la fórmula bautismal. Creer en

Dios Padre Todopoderoso,

Y en Jesucristo su hijo, nuestro Señor,

Y en el Espíritu-Santo.

Los demas artículos están redactados sobre estos tres que son los capitales: al Padre se le asigna la creacion, al Hijo la redencion y al Espíritu Santo la santificacion, la cual se completa con la resurreccion de los cuerpos y la vida perdurable. En todas estas formas el segundo artículo aparece como el principal y contiene los hechos principales de la vida

de Jesucristo desde su concepcion sobrenatural hasta su ascension y vuelta de los cielos para juzgar á todos los hombres.

#### LOS CREDOS ECUMÉNICOS.

Estos no son más que un desenvolvimiento de los artículos de fe ante-Nicenos que se hicieron inútiles para todo propósito práctico. Las formas occidentales ó latinas adquirieron su madurez en lo que se llama Credo de los Apóstoles; las formas orientales ó griegas en el Credo Niceno de 325 con las cláusulas adicionales del segundo Concilio ecuménico celebrado en Constantinopla el año 381. Se basan igualmente en la Trinidad y son preferentemente *Cristológicos*; profesan la misma creencia en un Dios Padre Todopoderoso, Creador de cielo y tierra, y en Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que se hizo hombre para salvarnos, padeció y murió en la cruz, resucitó de entre los muertos y subió á los cielos, desde donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; y en el Espíritu-Santo, que prodiga los beneficios de Cristo al que cree en la Iglesia católica, por medio de la gracia.

El Credo Niceno difiere del de los Apóstoles tan sólo en que es más teológico y acentúa con más claridad y fuerza la divinidad de Cristo y su esencial consustancialidad (*homousia*) con el Padre, en oposicion á la herejía de Arrio, que agitó la Iglesia oriental durante medio siglo y dió lugar á los dos primeros Concilios celebrados en Oriente.

Estos dos venerables Credos son hasta el dia el lazo doctrinal de union entre las tres grandes ramas del Cristianismo, la Griega, la Latina y la Evangélica, y entre las diferentes épocas de la Iglesia. Estos Credos jamás serán abolidos ni destruidos. Llevan consigo una autoridad y una fuerza que no posee ninguna otra confesion.

«....La fe en que la Trinidad descansa brilló de una vez para siempre en aquellas antiguas y elocuentes palabras que son una joya con hermoso cerco de oro: todavía en la mañana para el servicio de la Sagrada Comunion suena la antigua música: en el grandioso monasterio y en la pequeña iglesia de la aldea los hombres imploran al Dios-Hombre; y en todas partes, ora flotando sobre los acordes de una orquesta ó en los labios de un desgraciado, se escucha inalterable el glorioso Credo de Nicea, como aquella cancion que los ángeles entonan á la altísima Trinidad en medio del ¡Hosanna! ¡Hosanna!»

Verdad es que la famosa cláusula *filioque* inserta en el texto latino del Credo de Nicea desde el año 589, es todavía un motivo de controversia entre las Iglesias oriental y occidental. La primera, fijándose principalmente en la unidad divina y en la dignidad del Padre, se adhiere estrictamente al proceso único, mientras la última, en su entusiasmo por la igual-

dad del Hijo con el Padre, enseña el doble proceso del Espíritu Santo. Mas tal insercion no debió de haberse hecho hasta que el Papa Leon III en 809 la aceptó (separándose en esto de sus infalibles sucesores) (1), y debió llevarse á cabo más bien por razones de armonía. Las diferencias que esto engendra deben ser relegadas á la discusion escolástica y no deben perturbar la paz de la Iglesia.

A más del Credo de los Apóstoles y del Niceno, hay otros dos que reclaman con justicia autoridad ecuménica, al ménos en un grado secundario, particularmente la decision *Cristológica* de Calcedonia, 451, afirmando, contra los errores de Nestorio y de Eutiques, la unidad inseparable y distinta de las naturalezas divina y humana en la única persona de Nuestro Señor, y el llamado Credo Atanasiano, de un origen más moderno, el cual es la expresion más clara y más completa de la sagrada Trinidad y de la Encarnacion; pero se le ha perjudicado por la serie de condenaciones con que de tiempo en tiempo se ha procurado restringir su uso en la Iglesia Anglicana, aún cuando no lo han conseguido. La Iglesia episcopal irlandesa ha propuesto recientemente omitir en el culto público las cláusulas cuestionables. La Iglesia Episcopal Protestante en los Estados-Unidos elude la dificultad desterrando por siempre el Credo Atanasiano del libro de oraciones. Las otras Iglesias protestantes, aunque parecen aprobar su doctrina, nunca han prescrito su uso para el culto público.

#### EL Credo GRIEGO.

Llegamos ahora al exámen de los credos opuestos de las Iglesias Católica Griega, Católica Romana y Evangélica Protestante, los cuales se han producido durante los tiempos medios y los actuales.

El Credo griego ú oriental, al cual se adhiere también la Iglesia ortodoxa de Rusia, abraza en primer lugar las decisiones doctrinales de siete concilios ecuménicos (desde 325 á 787) y más principalmente el Credo Niceno, constituido como base de la instruccion de los catecúmenos; despues un número determinado de confesiones y catecismos compuestos desde la Reforma en contraposicion al Romanismo y al Protestantismo. Los más importantes de estos son: la confesion ortodoxa de Pedro Mogila (1643); los diez y ocho decretos del Sínodo de Jerusalem (1672), y el gran Catecismo de Filaretto, sancionado por el Sagrado Sínodo de Rusia (1839).

La Iglesia griega disiente de la católica romana,

(1) Llamado por los delegados de Carlomagno en defensa del *filioque*, hizo Leon que el Credo original Niceno-Constantinopolitano se grabase en griego y latin sobre dos tablas de plata y se colgase en la Basílica de San Pedro como una protesta eterna contra la innovacion, aún cuando él hubiese aprobado la doctrina del doble proceso.

principalmente en la doctrina del doble proceso del Espíritu Santo (la cláusula *filioque*) y en la del Papado. Rechaza las exigencias del Papado, y aquí se coloca al lado del protestantismo, pero bajo un punto de vista distinto. En todos los demás puntos se acerca más á la religion romana que á la protestante. La Iglesia griega enseña, de acuerdo con la romana, que la tradicion es regla de fe en union con las Escrituras (aunque rechazando la infalibilidad pontificia); la justificacion por la fe y las obras, siete sacramentos ó misterios (con algunas diferencias en la confirmacion y extremauncion); la transustanciacion (no tan claramente definida) y el sacrificio de la misa sin consagracion de sangre; un estado intermedio ó lugar de purificacion con oraciones por los muertos; y, por último, el culto de María (aunque protestando contra el dogma papal de la Inmaculada Concepcion), de los santos, ángeles, imágenes y reliquias.

El Credo griego-ruso, pues, es esencialmente anti-protestante. Contiene muchas adiciones posteriores á las Escrituras y fuera de ellas, las cuales no podemos jamás aceptar. Pero debe observarse; que la Iglesia griega, aun cuando se encuentra muy por debajo de la romana en cultura, vitalidad y energia, todavía, teniendo presente su relativa inmovilidad y aislamiento, no está tan completamente ligada á alguna de aquellas tradiciones y á la condenacion del protestantismo; que es ménos intolerante y permite y anima (al ménos en Rusia) la circulacion de la Biblia en la lengua nativa. A más de esto, negando como niega la infalibilidad (excepto bajo un punto de vista general y abstracto), deja abierta la puerta para la reforma de su doctrina y disciplina.

#### EL Credo ROMANO.

Este es el desenvuelto de un modo más completo, y más claramente definido. Se alza como la gótica catedral, lanzando á los aires un bosque de torres y estatuas con ventanas de pintados vidrios, altivas columnas, naves anchurosas, altares, capiteles y un cortejo de extrañas figuras mitológicas, de ídolos y demonios.

Muchos siglos fueron necesarios para construirlo. Santos Padres, teólogos, místicos, papas y concilios, contribuyeron á levantar el soberbio edificio que alcanzó su término con el dogma de la infalibilidad pontificia. Posee la tenacidad y permanencia de la *urbs aeterna*. Tiene un intérprete infalible en el oráculo del Vaticano, y pretende una autoridad universal y absoluta semejante á la palabra de Dios vivo.

Las banderas doctrinales del romanismo pueden dividirse en dos clases, las tridentinas y las vaticanas.

Los símbolos tridentinos son los decretos y cánones del Concilio de Trento, la profesion de Pío IV ó profesion de fe tridentina y el catecismo romano. Todos datan de mediados del siglo XVI y van dirigidos contra la reforma protestante. Estos símbolos fijan como regla de fe los dogmas de la Escritura y de la tradicion, la extension de los cánones, incluyendo los apócrifos, la autoridad de la Vulgata latina (dejando en confusion su texto), el estado primitivo y el pecado original, la justificacion por las obras lo mismo que por la fe, las obras meritorias, siete sacramentos, la transustanciacion, la privacion de una de las especies para los legos, el sacrificio de la misa para el vivo y para el muerto, la confesion auricular y la absolucion sacerdotal, la extremauncion, el purgatorio, las indulgencias y la obediencia al Papa como sucesor de Pedro y vicario de Cristo. Todos estos dogmas habían sido preparados previamente por las especulaciones de los padres y escolásticos, pero más ó ménos discutidos dentro de la misma comunión latina, hasta que recibieron la solemne sancion del Concilio de Trento.

Los símbolos vaticanos son la definicion de la Inmaculada Concepcion (1854), el *Syllabus* Pontificio (1864) y los decretos del Concilio Vaticano (1870). Estos símbolos se crearon bajo el Papa Pío IX, ya por sí sólo, ya en union con su Concilio Vaticano, trescientos años más tarde que los tridentinos. Van dirigidos en parte contra la heterodoxia del siglo XIX, la cual afectó á la Iglesia romana aún más que la protestante, en parte tambien contra el catolicismo liberal (galicanismo). Declaran la guerra á la libertad civil y religiosa y al espíritu reinante de la civilizacion moderna, y proclaman el dogma de la Inmaculada, el absolutismo papal y la infalibilidad pontificia, todo lo cual había sido hasta aquí muy discutido entre los teólogos romanistas. Estos dogmas produjeron la excision de los viejos católicos, la más grande desde el siglo XVI, y la de una gran parte de la Iglesia anglo-católica. Al mismo tiempo provocaron un nuevo conflicto entre el Papado y el Imperio, lo cual hace presagiar una guerra religiosa en Europa. Plegue á Dios evitarla; pero si forzosamente ha de venir, que se termine en treinta dias en vez de treinta años, alcanzando el triunfo universal de la libertad religiosa.

#### EL Credo PROTESTANTE EVANGÉLICO.

El Credo Evangélico es el resultado de la gran reforma protestante del siglo XVI en su conflicto con la costumbre y las doctrinas no escritas del Papado. Este choque produce una division en la Iglesia occidental más profunda y más comprensiva que la anterior separacion de la Iglesia griega y latina. Partió en su desenvolvimiento de la base comun de los credos ecuménicos y testimonió expresamente

su sincera adhesión á las antiguas doctrinas de la Trinidad y de la Encarnación. Mas hubo de abrir un nuevo capítulo en la antropología y soteriología, particularmente en aquellas doctrinas que se refieren á la aplicación subjetiva de la salvación cristiana, que aún no había sido establecida simbólicamente. Aquí los reformadores siguieron el camino trazado por Agustín, el más grande de los santos padres, en las opiniones que manifestó sobre el pecado y la gracia, para oponerse á las doctrinas de los pelagianos y semipelagianos, las cuales, aunque condenadas, llegaron á prevalecer prácticamente en la Iglesia.

Pero los reformadores, yendo más allá de las enseñanzas de la antigua Iglesia, llegaron á la fuente capital del cristianismo mismo é hicieron derivar su credo directamente del Nuevo Testamento; el cual fué desde este momento mejor y más claramente comprendido. Lutero y Calvino pregonaron nuevamente una libre y plena salvación y renovaron la protesta del Apóstol de los gentiles contra el judaísmo romano, el cual procede de extrañas observancias y teorías humanas, y ha oscurecido y casi neutralizado con sus innumerables tradiciones la palabra de Dios vivo y los méritos suficientes de Jesucristo.

El Credo Evangélico se identifica en todos sus rasgos esenciales con la Biblia, de donde se deriva, y por eso no puede ser destruido. Es un hecho innegable que el Protestantismo alienta mientras el Romanismo restringe la propagación popular de las Escrituras, y éste hecho tan sólo puede explicarse racionalmente por la conformidad del Cristianismo Evangélico con la Biblia Cristiana. La Sociedad bíblica británica y extranjera y la Sociedad bíblica americana hacen circular probablemente mayor número de ejemplares de las Escrituras en un año que toda la Iglesia romana ha hecho en los últimos tres siglos. Los Papas han condenado más de una vez las Sociedades bíblicas, considerándolas como pestes de la sociedad.

Las doctrinas fundamentales en que se separa el Credo Evangélico del griego y del romano son estas tres:

Primera, la soberana autoridad de la palabra de Dios como la única y suficiente regla de la fe cristiana, á la que toda tradición eclesiástica debe subordinarse. Este es el principio objetivo (llamado formal con menos propiedad) del Protestantismo.

Segunda, la justificación por los solos méritos de Cristo, como nos lo dice la fe, sin necesidad de buenas obras, las cuales se necesitan como frutos ó manifestaciones, pero no como condiciones de la justificación. Este es el principio material.

Tercera, el sacerdocio general de los creyentes y su derecho á un acceso directo con Dios en Cristo

y por su palabra, sin necesitar la intervención restringida de un sacerdocio especial, la intervención de los santos y la enseñanza de la tradición. Este puede ser llamado el principio social ó eclesiástico.

Desde esta base el Credo Evangélico protesta por una parte contra los errores y tiranía del Papado, y por otra contra el desenfreno é incredulidad de los antiguos y modernos herejes. Mas no pretende la perfección y la infalibilidad, puesto que no exige una sumisión ciega y absoluta. Se inclina ante la suprema autoridad de la revelación divina, y creyendo en una comprensión y aplicación cada vez más progresiva de la Biblia, manteniéndose abierto á nueva y más clara luz.

#### EL LUTERANISMO Y LA REFORMA.

El Credo Evangélico está dividido en Evangélico Luterano y Evangélico Reformado. Estos credos difieren en las doctrinas de la Eucaristía y de la Predestinación, pero convienen sustancialmente en casi todos los demás artículos de fe, y por eso no rechazan la unión. El Credo Luterano descansa principalmente en la Confesión de Augsburgo de 1530, el pequeño Catecismo de Lutero de 1529, y las Fórmulas de Concordia, 1577; el de las Iglesias Reformadas, en la segunda Confesión Helvética de 1566, el Catecismo de Heidelberg, 1563, las Confesiones de Francia, Bélgica y Escocia, todas de la misma época, los treinta y nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra, los Decretos del Sínodo de Dort, y la Confesión y Catecismos de Westminster. Las Confesiones Reformadas son más numerosas que las Luteranas, debido á las múltiples divisiones geográficas y nacionales que representan; convienen, sin embargo, completamente en todos los artículos, como se demostró hace tiempo en una obra interesante, *La Armonía de las Iglesias Ortodoxa y Reformada*, que fué escrita bajo la dirección de Teodoro Beza, y apareció en Génova en 1581 (1).

#### LOS ÚLTIMOS CREDOS EVANGÉLICOS.

La Reforma ha llegado á ser madre de muchas hijas, porque con su amplia noción de la unidad de la Iglesia permite establecer multitud de Iglesias independientes. Debemos reconocer, no obstante, que toda Iglesia protestante ha mostrado siempre más ó menos intolerancia contra sus disidentes, lo cual no procede de sus credos, sino del egoísmo

(1) *Harmonia Confessionum Fidei Orthodoxarum et Reformatarum Ecclesiarum quæ... sacram evangelii doctrinam pure profitentur*, etc. Se publicó una traducción inglesa en Cambridge, 1586; después en Londres, 1645; y una edición revisada por Pedro Hall, en Londres, 1842. La obra manifiesta deseos de un credo común para las Iglesias Reformadas, y compara el Luterano con el Reformado para buscar la armonía. Es el primer intento que se ha hecho para conciliar los Credos Evangélicos.

de la naturaleza humana, que en todas partes se manifiesta.

Desde el siglo XVI han aparecido dentro de la comunión Protestante, especialmente en Inglaterra, un gran número de denominaciones distintas, tales como los Congregacionalistas, Baptistas, Arminianos, Quáqueros, Metodistas, Moravianos y algunas otras, las cuales mantienen en pie la suprema autoridad de la Biblia y los principios de la Reforma, aunque difieren de los credos Luterano y Calvinista en puntos menos esenciales. Estas comuniones se encuentran llenando una importante y utilísima misión. Dios las bendijo lo mismo que á las comuniones más antiguas, de las cuales se han separado voluntariamente ó porque hayan sido rechazadas de su seno. Su propagación y su éxito las da derecho para ser reconocidas entre las divisiones regulares del ejército de Cristo, y exige una revisión de la terminología tradicional en la geografía y en la estadística eclesiásticas. La división continental de toda la ortodoxia cristiana en tres Iglesias—la Católica (Griega y Romana), la Luterana y la Reformada—y la odiosa calificación de todas las demas como nuevas sectas, ya no puede satisfacer. La distinción inglesa entre Anglicanos y Disidentes no tiene ningun valor en los Estados-Unidos, donde todas las denominaciones cristianas son independientes del régimen político y viven en una perfecta igualdad ante la ley. El llamarse á sí misma cualquiera de estas comuniones protestantes *la Iglesia*, y á todas las demas *sectas*, es sencillamente un absurdo y revela un grado de presunción ó ignorancia, ó ambas cosas á la vez, que lo hace indigno de una seria refutación. Semejante exclusivismo cuadra bien á la Iglesia Romana, con la cual es congénito, pero entre protestantes es un barbarismo.

Debemos reconocer, pues, en nuestra comunión cristiana protestante un número de tipos distintos, los cuales son igualmente protestantes y evangélicos, y tambien igualmente necesarios y útiles en los distintos campos de trabajo que el gran Hacedor les asignó. Existe suficiente labor para todas ellas.

#### EL PROBLEMA DE LA CONCILIACION.

¿En qué forma podrán ser conciliados estos distintos credos y efectuarse la unión del cristianismo?

Este problema ha llamado la atención de Melancthon, Calixto, Grocio, Leibnitz, Bossuet, Schleiermacher, Schelling, Döllinger y otros eminentes teólogos y filósofos. Ha dado lugar á muchas conferencias entre griegos y latinos, protestantes y católicos, luteranos y calvinistas, calvinistas y arminianos, anglo-católicos y ruso-griegos. Hasta ahora todos los intentos de conciliación han fracasado, viniendo á parar en mayor alejamiento ó en compromisos par-

ciales y temporales. Han sido, cuando más, nobles esfuerzos por una noble causa. Los viejos católicos, bajo la dirección de Döllinger, el cual ántes del Concilio Vaticano estaba considerado como el primero de los teólogos católicos de Alemania, han atacado el colosal problema como una parte de la misión que se creen llamados á cumplir, y han llevado á cabo una conferencia de unión en Bonn (Septiembre de 1874) con griegos católicos y anglicanos.

Esta conferencia dió por resultado una fórmula de convenio sobre 14 artículos discutidos, mas hasta la ahora presente esta fórmula no ha conseguido sanción oficial ni autoridad eclesiástica.

#### DIFERENTES ESPECIES DE UNION.

Los diferentes modos de llevar á cabo un acuerdo doctrinal del cristianismo, pueden reducirse á cuatro.

1. La fusión de todos los credos en uno. Esta es la aspiración de la Iglesia romana, la cual pretende el monopolio de la verdad cristiana y considera todos los demas credos como heréticos y cismáticos. Jamás cambiará un ápice de su enseñanza, y esto sólo puede efectuarlo por medio de la infalibilidad. Tambien hay entre los protestantes sectarios de miras bien estrechas que consideran su credo como la bandera que todos los demas deben en definitiva adoptar.

No obstante, es puro sueño el suponer que los griegos y los protestantes se han de someter algun día á la autoridad papal, ó que los católicos romanos se convertirán *en masa* al protestantismo, ó que todos los protestantes serán luteranos, ó episcopales, ó presbiterianos, ó metodistas ó baptistas. Algunas sectas reducidas, que no tienen una base histórica ni una misión especial, no será extraño que desaparezcan, pero las principales denominaciones durarán eternamente.

2. La unión *negativa*, por la cual desaparecieran los distintos credos y se adoptase sólo la Biblia.

Esto destruiría toda la historia del cristianismo, lo cual es imposible, y exigiría una reconstrucción y repetición del pasado, lo cual, despues de todo, no tendría mejor éxito, á menos que la naturaleza humana y las leyes del desenvolvimiento histórico variasen radicalmente. Porque tan pronto como empezamos á estudiar y explicar la Biblia, aparecerán nuevamente las mismas cuestiones de interpretación una por una, y darán lugar á las mismas divisiones.

La Historia no es un juego de niños, sino el desenvolvimiento constantemente progresivo de los planes de Dios y el gran depósito de sabiduría y experiencia para el tiempo futuro.

3. La unión *eclectica* ó una composición de todos los credos.

Esto sería un mosaico ó una composicion mecánica de elementos heterogéneos que no satisfaría á nadie. Un credo debe ser un desarrollo sistemático, una unidad viva, el producto de cierta inspiracion.

4. La union *conservadora*, la cual reconoce, colocándose en un punto de vista elevado y comprensivo, todos los credos en sus derechos relativos como representando diferentes aspectos de la verdad divina, sin intentar la amalgama ó la union orgánica de comuniones.

La Alianza Evangélica formada en 1846 en la ciudad de Lóndres tuvo por objeto promover y manifestar la union cristiana en estrecha relacion con la libertad religiosa por medio de la mutua comunicacion de los individuos hermanos de las diferentes Iglesias y credos, sin penetrar en su conciencia confesional, su preferencia de comunion y su lealtad.

La breve historia que ha tenido ha mostrado que es posible y real la libre union de individuos cristianos á pesar de las distintas denominaciones; y su manifestacion en las conferencias generales, tales como se han efectuado en Lóndres, París, Berlin, Génova, Amsterdam y Nueva-York, ha producido muchos bienes para los que han tomado parte en ellas. Pero el movimiento es preciso que vaya más léjos. La mision y la armonía debe penetrar gradualmente en las iglesias, conduciendo á un reconocimiento é inter-comunión oficial, sin borrar sus caracteres distintivos y sus trabajos independientes. Debemos edificar desde los cimientos y no detenernos hasta que lleguemos á la cima. La Alianza, sin embargo, se encuentra reducida en sus operaciones á los límites de lo que vulgarmente se llama Protestantismo Evangélico, y no ha sido capaz de atraer á los demas elementos del Protestantismo: mucho ménos ha traspasado sus fronteras; ántes por el contrario, ha tomado una actitud hostil con respecto á las Iglesias Griega y Latina. Si debe existir «un rebaño y un pastor,» si todos los prosélitos de Cristo deben ser «uno en Él» como Él es uno con el Padre, nosotros no podemos abandonar la esperanza de una reconciliacion definitiva de todos los credos históricos del Cristianismo en una armonía más alta y universal.

#### EL ACUERDO DOCTRINAL EXISTE YA.

Preciso es que reconozcamos, en primer lugar, que existe ya una base de union histórica y bien sentada entre los cristianos. Todos los verdaderos creyentes son uno en Cristo, su comun Señor y Salvador, uno en la fe salvadora, uno en amor, uno en esperanza, uno en su vida espiritual. Esta unidad existió desde el principio en todas las épocas, y fué tan sólo interrumpida, pero no destruida, por las divisiones sectarias y eclesiásticas. Cuanto más nos

aproximamos á Cristo por la súplica y la devocion, más nos aproximamos los unos á los otros. Cuanto más semejantes á Cristo nos hacemos, más estimamos y amamos á nuestros hermanos. Todos los cristianos leen la misma Biblia, beben de la misma fuente espiritual, se juntan para cantar los mismos Salmos, el mismo *Te Deum* y *Gloria in excelsis*.

Pero no existe solamente union de vida y sentimiento, sino tambien union doctrinal que no debemos perder jamás de vista.

1. En primer término poseemos, como ya hemos hecho notar, una base comun *ecuménica* en el *Credo de los Apóstoles* y en el *Credo de Nicea* (excepto el discutido *filioque*), la cual tenemos y profesamos con los cristianos Griegos y Romanos á diferencia, no sólo de los sectarios de las falsas religiones, sino tambien de los herejes y apóstatas. En nuestras controversias con Roma, debemos siempre recordar que creemos en el mismo Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la misma naturaleza divina y humana de Cristo y en todos los puntos principales de nuestra salvacion, los cuales se hallan expuestos de un modo tan completo en los credos venerables de la Iglesia indivisa, nuestra madre comun. Es de la mayor importancia acentuar este hecho en oposicion al temeroso poder de la herejía, la cual se ha desarrollado grandemente en estos últimos tiempos en todas las ramas del Cristianismo, y amenaza remover los mismos fundamentos de nuestra santa fe católica.

Verdad es que, como cristianos protestantes, no cesaremos nunca de protestar contra la tiranía espiritual y las peligrosas y extra-escriturales innovaciones del Papado. Pero todavia, en medio de esta guerra justa y necesaria, recordaremos que hay una distincion material entre el Catolicismo y el Papado, como existió entre la religion del Viejo Testamento y la gerarquía judáica del tiempo de Jesus, y que no hay error romano que no descansa sobre una verdad, de la cual el error saca su vitalidad y fuerza, verdad que debe ser bien estudiada si se quiere refutar con éxito el error. El gran extravío del Romanismo no consiste en negar la Biblia, sino en oscurecer y debilitar su fuerza, como el antiguo Farisismo, por las tradiciones humanas acumuladas sobre ella.

2. En segundo lugar, existe un acuerdo *evangélico* entre todos los creyentes protestantes. Todos los creyentes protestantes profesan, como hemos visto, los mismos principios fundamentales, la supremacia de la Biblia, la justificacion por la fe, la comunión directa con Cristo, el sacerdocio universal de los fieles y otras importantes doctrinas en una negacion correspondiente de errores. Esta conformidad puede fácilmente comprobarse por medio de una comparacion de las diferentes confesiones

Luterana y Reformada, las cuales convienen mucho más que se separan.

Es muy de desear que este acuerdo evangélico se formalice claramente de tal suerte que pueda ser adoptado como lazo de union por las Iglesias protestantes.

La Alianza Evangélica lo ha intentado en sus nueve artículos, sin pretender para ellos una autoridad absoluta, porque la Alianza no es una Iglesia, y no tiene facultades disciplinarias. Estos artículos, aceptados en la primera Asamblea de 1846, han logrado un buen propósito como expediente temporal, pero son un esqueleto sin carne ni sangre, demasiado ámplios para algunos, demasiado estrechos para otros, y faltos de la inspiracion y de la union espiritual de un credo espontáneo. Necesitamos un Credo evangélico que pueda ser pronunciado como un acto de fe y de adoracion, y que responda al mismo propósito para todos los protestantes que el Credo de los Apóstoles para todos los cristianos.

#### GESTIONES PARA PROMOVER LA CONCILIACION.

Pero, ¿qué es lo que haremos con las divergencias que, despues de todo, siguen existiendo?

1. Es necesario que rechacemos toda idea de uniformidad perfecta de creencias. Esto, aún cuando fuese posible, no sería de desear. La verdad divina es infinita y no puede ser totalmente comprendida por ninguna Iglesia ó comunión, y mucho ménos por un individuo. Dios ha constituido las inteligencias de los hombres de un modo distinto. No hay dos idénticas en el mundo. Cada discípulo refleja un rasgo particular del gran maestro de todos. La unidad no es la uniformidad, sino que lleva implícita la libertad y la variedad. Para producir la armonía hacen falta muchos sonidos; y para constituir un jardín muchas flores de diferente forma, color y aroma.

El Nuevo Testamento mismo ofrece la mayor variedad dentro de la unidad de su espíritu. Cada uno de los cuatro Evangelios tiene un sello individual muy marcado en la concepcion, en el plan, en el estilo, y presentan algunos aspectos particulares de la imágen de Cristo. ¡Cuán diferente de Mateo, Marcos y Lucas es Juan, el discípulo que descansó sobre el seno del Maestro! Y, sin embargo, su Dios encarnado es el mismo Hombre Divino de los sinoptistas. Y si examinamos las Epístolas, claramente podemos distinguir tres tipos distintos de doctrina: la conservadora judío-cristiana, á la cual pertenecen Pedro y Santiago; la progresiva gentil-cristiana, tipo de Pablo, y la union más alta de las dos en Juan. Hay un apóstol de esperanza, un apóstol de fe y un apóstol de amor. La armonía y la diferencia del Viejo y del Nuevo Testamento, el principio de autoridad y el principio de libertad, la soberanía divi-

na y la responsabilidad humana, la justificacion por la gracia y su necesidad para la santificacion de la persona, se encuentran igualmente expuestas en los escritos apostólicos, no como contradictorias, sino como verdades suplementarias.

2. Debemos distinguir al propio tiempo entre verdad y dogma. La verdad es lo sustancialmente revelado por Dios; el dogma, la forma humana y la consignacion lógica de ella. La verdad sola puede salvar, no el dogma. Muchos pueden creer sinceramente la verdad manifestada por la palabra de Dios y sentirse incapaces de aceptar ciegamente una fórmula dogmática. La ortodoxia teórica no siempre guarda relacion con la piedad acendrada. Aquella bien puede aparecer muerta y sin valor ninguno ante Dios. «Los diablos también creen... y tiemblan.» Sentir bien y obrar con rectitud es tan importante como pensar bien y creer derechamente.

3. Otra distincion importante debe hacerse entre las divergencias religiosas y las teológicas. Los cristianos ilustrados de distintas comuniones ó de la misma comunión pueden estar en perfecta armonía en lo que se refiere á la vida espiritual, y, no obstante, pueden disentir en su teología. Las más de las diferencias de los credos ortodoxos no son religiosas, sino teológicas, y por lo mismo secundarias y no fundamentales. Fué error de una época completamente teológica el introducir tanta lógica y tanta metafísica en los credos, animando y perpetuando de este modo la controversia, el fanatismo y el odio. Un credo no es un sistema de teología científica. Muchas de nuestras Confesiones de Fe valdrían mucho más si fuesen más cortas, más sencillas y más populares. Pero las variantes en los documentos públicos, una vez aceptados, son estériles y sólo conducen á establecer mayor confusion, como lo prueba suficientemente la historia del *filióque* y la alterada confesion de Augsburgo.

4. Hace falta que cultivemos un espíritu verdaderamente evangélico y católico, un espíritu de cortesía cristiana, de liberalidad y caridad hácia todos los que amen á nuestro Señor y Salvador, sea cualquiera el credo que tengan. Es preciso que subordinemos el espíritu de comunión á la catolicidad, y la catolicidad á nuestro comun cristianismo. Es preciso que seamos cristianos desde el comienzo hasta el fin, y prosélitos de Lutero ó Calvino ó Knox en tanto que ellos mismos siguen á Cristo. *Christianus mihi nomen. Lutheranus sive Reformatus mihi cognomen. Christianus sum, nihil Christiani á me alienum puto.* Recordemos que nosotros nos salvamos, no por nuestras nociones humanas de la verdad divina, sino por la misma verdad divina; no por lo que nos separa, sino por lo que tenemos de comun en Aquel que está sobre todos, en todos y para todos.

En el estado actual de division de la Iglesia necesitamos pertenecer á una comunión particular y dedicarnos á trabajar por ella con honradez, lealtad, celo y energía. Mas nuestro objeto principal debe ser, por encima de nuestra denominación, servir y promover el solo reinado de Cristo. Viendo en un piso y en un departamento del gran templo de Dios, debemos mantener relaciones amistosas y fraternales con los vecinos que ocupen distinto departamento, porque adoran y glorifican al mismo Dios y al mismo Salvador. Seria perverso el odiar y maldecir á aquellos á quienes Dios ama y bendice. Nos regocijaremos en todas las victorias ganadas por Cristo, en la erección de una nueva iglesia ó capilla, cualquiera que sea el nombre que lleve. Si amamos á los cristianos de otros credos sólo por aquello en que convienen con nosotros, no hacemos más que los ateos que sólo se aman á sí mismos. Debemos amarlos á todos con sus peculiaridades y diferencias, puesto que éstas representan los aspectos de la verdad y han sido creadas por Dios. El hombre admira y ama á la mujer por sus cualidades *femeninas*, y la mujer admira y ama al hombre por sus cualidades *varoniles*. Fuerza es que nos elevemos á más alto punto de vista á fin de que podamos reconocer y pedir la guía de Dios para todos los cuerpos y divisiones del ejército del gran Capitan de nuestra salvación. Hagamos que nuestra teología sea tan amplia como la verdad y el amor de Dios y tan estrecha como su justicia. Pensemos de los demas mejor que de nosotros mismos, y sean la humildad y el amor nuestras virtudes cardinales. Así nos manifestaremos como verdaderos discípulos de Aquel que murió y resucitó para todos, y cuyo primero y último mandamiento es amar á Dios con todo nuestro corazón y á nuestros semejantes como á nosotros mismos.

Ni la circuncisión ó no circuncisión, ni el Luteranismo ó la Reforma, ni el Calvinismo ó el Arminianismo, ni el Episcopalismo ó el Presbiterianismo, ni ninguna otra distinción humana, significan ante Dios y ante su juicio supremo más que una nueva criatura de Jesucristo. Á Él pertenecemos, en su nombre nos bautizamos, por su sangre fuimos salvados, y á Él sólo debemos servir mientras vivamos. Y cuando le veamos tal cual es, no á través de un oscuro cristal, sino frente á frente en toda su majestad, encontraremos en Él la solución de todos los problemas de la tierra, la divina armonía de todos los credos humanos.

5. Por último, nunca cesaremos de orar para que el Espíritu de Dios se derrame sobre todas las Iglesias que profesan el sagrado nombre de Jesús. Sólo el Espíritu Divino, que es el espíritu de unión y paz, puede conciliar las divisiones del Cristianismo, destruir el mal espíritu de fanatismo, odio y

envidia, inundar nuestros corazones de amor, y sustituir todas las divisiones sectarias por una armonía más completa y más profunda.

Dios nos lleve al bendecido tiempo en que no veamos sobre el cuadro religioso las figuras de Pedro, Pablo y los demas Apóstoles, sino «sólo á Jesús,» para que seamos en Él y Él en nosotros, como Él es en el Padre y el Padre es en Él.

PHILIP SCHAFF.

(Trad. de la *Contemporary Review*, por A. P. V.)

## LA MUERTE DE ANÍBAL.

TRAGEDIA ESCRITA EN VERSO CATALAN

POR

DON VÍCTOR BALAGUER.

PERSONAJES.

ANÍBAL.

PRUSIAS, *Rey de Bitinia.*

ICETAS, *Capitan cartaginés.*

FLAMINIO, *Embajador de Roma.*

*Soldados romanos.*

(La acción pasa en el palacio del rey, en la capital de Bitinia).

ANÍBAL.—PRUSIAS.

(*Entran en escena continuando una conversacion.*)

PRUSIAS.

No, Aníbal, no. Las cosas siempre caen del lado á que se inclinan. Hoy de Roma No alcanzo á combatir el poderío, Y, si la lucha emprendo, de mi raza Último rey seré. Lo que mi gente Tarde en lanzarse á la pelea, eso Tardará Roma en reducirla á polvo. No, Aníbal, no. ¿Qué importa que te tenga Por general y amigo? ¿Si á tu lado Conservaras siquiera algunos restos De las legiones que á tu genio en Cannas Debieron la victoria!... Mas ¿qué queda De los cien mil soldados que cruzaron El Pirene, los Alpes y Apeninos? De aquellos valerosos campeones Que, con solo moverse, oscurecieron La luz del sol y rechinar hicieron Los ejes de la tierra, ¿qué ha quedado?

ANÍBAL.

¿Qué ha quedado, preguntas? Queda Aníbal, Y á Roma vencerás si á ello te atreves. Pues ¿qué?... ¿no soy Aníbal?... Pues ¿qué?... ¿Roma, Roma no siente aún, de espanto llena, Derrumbarse y caer sus monumentos.

Al recordar al vencedor de Cannas?  
 ¿No soy Aníbal yo?... El día ¡oh Prusias!  
 Que entre Roma y el sol mi sombra veas,  
 Sólo mi sombra, sábelo, ese día  
 Dejará el sol de iluminar á Roma.  
 Oye mi voz: permite que te busque  
 Aliados en Grecia, en Creta... ¡en Pérgamo!  
 Tres batallas no más, y te conduzco  
 Á las puertas de Roma... y yo te entrego  
 Temblando ante tus piés, postrada, muda,  
 Rota y rendida la ciudad soberbia.  
 Téndrás su Capitolio por palácio;  
 Tuyo serán sus templos; de tus dioses  
 Sus aras; á sus cónsules esclavos  
 Harán tus servidores, y rameras  
 Á las matronas tus soldados fieles.  
 Aquí, en pública venta, en tus mercados  
 Verás sus senadores, y mis tropas  
 Allá, en Cartago, con anillos de oro  
 De los nobles romanos, los favores  
 Comprarán de las lúbricas mujeres  
 Que sirven á la Vénus africana.  
 Eso es un sueño. Si Bitinia hoy lucha,  
 Bitinia cae.

PRUSIAS.

ANÍBAL.

Mas caerá con gloria.  
 Y yo sé por los cantos mesenianos  
 Del gran Tirteo, que caer como hombre  
 Es tan excelso honor como es infame  
 Vivir sujeto á la merced ajena,  
 La paz debiendo á vergonzoso oprobio.

PRUSIAS.

Aníbal, yo no quiero, yo no puedo  
 Romper con Roma que la paz me ofrece,  
 Y aceptaré la paz. ¡Basta de guerras!  
 La aceptaré por tí, por tí ante todo;  
 Que tiempo es ya de que se dé á los años  
 Lo que tus años piden, y tranquilo  
 Puedas dejar el mundo, concluida  
 La mision que fué gloria de tu vida.

ANÍBAL.

Ni vivir ni morir me importa nada.  
 Vivir con gloria ó perecer con gloria:  
 Sólo eso quiero; no un descanso inútil,  
 No un inútil reposo, no. ¿Has creído  
 Que mi brazo se niega, ya rendido,  
 A blandir el acero? Todavía  
 Corazon varonil late en mi pecho  
 Y siento el brío de mis cinco lustros  
 Si el cuerno ronco y la sonora trompa  
 Al aire lanzan su clamor de guerra.  
 Hijo del gran Amílcar, de mi padre  
 Aprendí á ser soldado: los peligros  
 Mis fiestas fueron y pasé mi vida  
 En los sangrientos campos de batalla,

Viviendo de hambre y sed; cáma era el suelo,  
 Almohada el escudo y, estrellado  
 Ó ardiendo en tempestades, tienda el cielo.  
 Avezado al combate y las fatigas,  
 No tuve más descanso que la lucha  
 Ni otro placer, para solaz del ánimo,  
 Que el de oír recitar, entre mis tropas,  
 Del frio invierno en las eternas noches  
 Los inspirados cantos de Tirteo.  
 ¿Qué me hablas, pues, de mi mision cumplida?  
 Mi vida á un juramento consagrada,  
 Para cumplirlo el cielo me dió vida.  
 Mi padre...—yo era un niño, y lo recuerdo  
 Porque es mi gran recuerdo. Oye.—Mi padre  
 Me cogió de la mano al tiempo mismo  
 Que el sacerdote en el altar de Júpiter  
 Sacrificaba; yo extendí la diestra  
 Sobre las palpitante y calientes  
 Entrañas de la víctima, y, severo,  
 —«Jura, hijo mio, jura, dijo Amílcar,  
 Que enemigo serás siempre de Roma.»  
 Lo juré: y desde entónces, ni de noche,  
 Ni de día, ni en paz, ni en guerra, nunca  
 Dejó de estar reciente en mi memoria  
 El juramento que presté en la playa  
 Junto á los muros de la hispana Gades.  
 Sólo una vez... en Cápua fué... un momento  
 Menguado lo olvidé; pero en mis manos  
 Vieron mis ojos sangre de la víctima  
 En el sagrado altar sacrificada,  
 Y cesó al punto el criminal olvido.  
 Odio es mi vida: Roma no lo ignora  
 Y me odia á su vez. Si huyes la guerra,  
 Si ni mis ruegos ni tu propio lucro  
 Ni de tu reino el porvenir te animan  
 Á lanzarte á la lucha, sin tardanza  
 Saldré, Prusias, de aquí. De pueblo en pueblo,  
 Hasta el límite mismo de la tierra,  
 Reyes iré buscando que briosos  
 Midan sus armas con la odiada Roma;  
 Y, si no los encuentro, por lo ménos,  
 Fiel al voto sagrado de mi infancia,  
 Ya se verá que mi rencór va unido  
 Al último estertor de mi agonía.  
 Mi mision esta es, mi vida es esta.  
 Mi corazon de hierro no se doma.  
 ¿Quieres rëndirme? ¿Quieres que se acaben  
 Mi vida y mi mision?... Pues dame Roma.

PRUSIAS.

Jamás, Aníbal, buena consejera  
 Ha sido la pasión. Te ciega el odio,  
 Y cuando niegas con creciente ira  
 Las virtudes de Roma, ella, más justa,  
 Enemigo te odia, héroe te admira.  
 Hoy Flaminio el pretor, recién llegado,

De Roma embajador, dice...

ANÍBAL.

¡Y tú, Prusias,

Tú recibes de Roma embajadores!

PRUSIAS.

Hoy con sus naves, al romper el alba,  
Llegó Flaminio.

ANÍBAL.

¡Dioses poderosos!

¡Tú!... ¡tú en tratos con Roma, y esto pasa  
Sin que lo sepa yo!...

PRUSIAS.

Tú eres mi huésped.

Roma lo sabe: sabe que aquí vives  
Y me avisa que nunca tu sosiego  
Ni tu paz turbará; que nunca airada  
Al noble reino que te presta asilo  
Negará su respeto, si tú juras  
No volver á salir de mis Estados,  
Que, nueva patria para tí, te ofrecen  
Amparo y protección. De esta manera  
Roma no ha de oponerse á que en mi reino  
Su vida acabe en paz el gran Anibal.

ANÍBAL.

¿Y así de tí... ¡y de mí! dispone Roma?

PRUSIAS.

Es fuerte y puede. Su orden está dada  
Y yo he de obedecer. Aquí te dejo  
Á solas meditar, mas te suplico  
Que el juramento prestes.

ANÍBAL.

¡Nunca! ¡Nunca!

Jamás lo prestaré.

PRUSIAS.

Piénsalo en calma,

Que la paz de mi reino y de tu vida  
De tu resolución tal vez dependen. *(Vase.)*

ANÍBAL.

¡Oh tierra! ¡oh cielo! ¡oh Dioses que el destino  
Presidís de Cartago! ¿Es que ya toco  
Mi término fatal? ¿Es que la tierra  
Bajo mis plantas huye, y á las Parcas  
Mis Dioses tutelares abandonan  
El hilo de mi vida? ¡Rey ingrato!  
¡Rey perjuro! Yo soy el que de Eumenes,  
Tu enemigo mortal, te libró un día.  
Yo soy ¡Rey ingrato! ¡Rey perjuro!  
Quien dictador de Pérgamo te hizo,  
Y por mi esfuerzo te llamaste dueño  
De cuanto el Cauco baña. En recompensa,  
¿Qué honores, qué grandezas, qué tesoros  
Anibal te pidió?—Pidió tan sólo  
Hacer la guerra á Roma... ¡y lo juraste!  
Sí, lo juraste y de tus mismos labios,  
Por tus mismos penates recogido

Tu juramento fué. Sí; ¡Rey perjuro!  
¡Rey ingrato! á tus Dioses encomiendo  
De tu traición infame la venganza  
Y, si son justicieros, la amargura  
Te dirá inexorable en corto plazo  
Que Roma con la paz te tiende un lazo.  
¿Y qué?... ¿Porque á mi suerte me abandones  
Yo debo desistir?... Caiga primero  
Del firmamento el sol; rueden revueltas  
Olas de fuego y aguas encendidas  
Por la ancha cuenca de la mar salada.  
Lo que de Anibal es indigno, Anibal  
Jamás lo ha de intentar, jamás. Me debo  
Á los sagrados manes de mi padre,  
Y me debo á mí mismo y á tí, ¡oh tierra  
Llena de luz y amor! á tí, Cartago.  
Yo encontraré un monarca que en mis votos  
Sus votos mire, y á la odiosa Roma  
Contemplaré á mis piés. Desde la cumbre  
Del Aventino entrarla á sangre y fuego  
Verán mis ojos, centelleando dicha.  
Veré á sus ciudadanos huir medrosos  
Como bandada de asustadas hembras  
Que su nido abandonan. Desplomarse  
Veré sus monumentos, del incendio  
Á la siniestra claridad. Gozoso,  
Lastre de mis bajeles, á Cartago  
Mandaré sus escombros y cenizas,  
Y allí de estas ruinas te haré un templo,  
Belo cartaginés, Dios de mis padres.  
Dejad que mi esperanza se realice;  
Dejadme ser el vengador del África  
¡Oh dioses inmortales! Que yo vea  
Correr hácia la mar en ancho arroyo  
Sangre latina, y, para espanto y luto  
De las generaciones venideras  
De ese pueblo romano, que mi tumba  
En la roca Tarpeya esté enclavada  
Por tu esplendente sol ¡oh gran Cartago!  
Con los rayos de gloria arrebolada.

ANIBAL.—ICETAS.

*(Icetas entra precipitadamente y asustado.)*

ICETAS.

Señor, naves de Roma el puerto llenan;  
Sus soldados, señor, la plaza invaden.

ANÍBAL.

¿Qué dices?

ICETAS.

¿No los oyes? «¡Muera Anibal!»  
Gritan todos. Aterra sólo el verlos.

ANÍBAL.

¡Mi casco!... ¡mi coraza!

ICETAS.

Es imposible

Pensar en resistir.

ANÍBAL.

¡Oh!

ICETAS.

Ya Flaminio

Te ha cercado el palacio.

ANÍBAL.

¡Oh Prusias! ¡Prusias!

ICETAS.

Tiempo tienes de huir; yo aquí me quedo

Y te podrás salvar mientras me matan.

Huye al momento, Aníbal.

ANÍBAL.

¡Nunca! Icetas,

El que debe morir no eres tú. Dime:

¿Puedo contar contigo?

ICETAS.

Que responda

Por mí el valle de Isubria; allí mi vida

Salvaste generoso, y desde entonces

No es mía, tuya es. Dí lo que quieres.

ANÍBAL.

Quiero que me prepares el veneno

Que en este anillo está.

*(Le entrega su anillo. Icetas se retira.)*

Triunfas ¡oh Roma!

Pasó ya el tiempo en que mandar solías

Conmigo á combatir nobles varones

Que se llamaban Fabios y Escipiones.

Hoy entiendes la guerra de otro modo,

Y en vez de héroes, mandas asesinos.

A tí y á mí, Cartago, la fortuna

Nos vuelve ya la espalda... Yo debía

Desde el campo de Cannas ir á Roma,

Y si lo llego á hacer, Roma era mía.

*(Se acerca á la ventana.)*

Vientos de acres aromas, dulces vientos

Que tantas veces hacía el mar latino

De los cartagineses, arrullándolas,

Empujasteis las naos victoriosas,

De mis ojos, que nunca nubló el llanto,

Recoged hoy la lágrima primera,

Y, en vuestras alas húmedas, amantes

Conducidla á Cartago. Para Aníbal

Há tiempo ingrata es; pero es su patria.

*(Bajando al proscenio.)*

Todo: todo acabó. Te espero, ¡oh muerte!...

¡Vale, Cartago! Aníbal, ya has vivido.

*(Icetas entra con una copa de plata. Aníbal quiere cogerla, pero aquel la retira.)*

Dame esa copa.

ICETAS.

Capitan...

ANÍBAL.

¿Qué esperas?

ICETAS.

Antes, señor, te ruego...

ANÍBAL.

Si ya vienen

¿Qué esperas, pues? ¿qué quieres? ¿que el Senado

Exponga mi cabeza en una argolla

Para hartar las miradas de las turbas?

¿Quieres que á la ciudad Aníbal llegue

Al triunfal carro de Flaminio uncido

Y que el pueblo mi venta en un mercado

Pueda gozar?... ¡La copa! *(Arrebatándosela á Icetas).*

*(Se bebe el contenido de la copa).* ¡Oh dioses!... gracias:

Mía es la muerte ya. Libre he vivido

Y libre moriré... Hoy mismo, Icetas,

Para mi tierra partirás: mi muerte

Sabrán allí por tí, y, último beso,

Última prenda de mi amor, la espada

Del que en Cannas triunfó lleva á Cartago.

Así me vengo: así su olvido pago.

*(Desciñese la espada y la entrega á Icetas.)*

ICETAS.

¡Oh víctima, salud!

ANÍBAL.

¡Roma! has vencido.

Odio por odio, pudo más el tuyo,

Y, no cabiendo juntos en la tierra,

Te abre paso mi muerte. Que los dioses

Permitan que algun día vague errante

Tu raza corrompida; que se pierda

Tu nombre, y que por siempre, sepultada

En la inmunda cloaca de tus vicios,

Bajo el rescoldo estés de tus cenizas.

*(Aníbal se sienta. Oyéense gritos. Icetas se dirige á la puerta.)*

ICETAS.

Señor, ya vienen.

ANÍBAL.

¡Oh!... ningún romano

me verá agonizar.

*(Da algunos pasos hacia la cámara vecina, en cuya puerta se detiene un momento.)*

ICETAS.

¡Señor!...

ANÍBAL.

Icetas...

¡Esto es hecho! De Aníbal á su patria

Lleva el postrer recuerdo. Vé á esa fuente

De insólitas virtudes, noble emporio

De santidad, Cartago la Africana...

Y en esa espada, que es mi testamento,

Más que acero verá sangre romana.

*(Desaparece Aníbal. Icetas cae de rodillas besando la espada del héroe. Los soldados romanos invaden tumultuosamente la escena.)*

## ICETAS, FLAMINIO, SOLDADOS ROMANOS.

SOLDADOS.

¡Anibal!

(*Ícetas levanta el tapiz de la puerta y enseña el cadáver de Anibal á los soldados que se detienen estremecidos.*)

ICETAS.

¡Muerto!

FLAMINIO. (*En el foro.*)

¡El mundo es tuyo, oh Roma!

PEDRO MARÍA BARRERA.

## EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL.

## LA ACCION DE AOIZ. (NAVARRA.)

En los días postreros de la estación de estío de 1875, el primer cuerpo del ejército del Norte se encontraba cubriendo la línea del Arga; servicio que, entre otros de la campaña sostenida contra el bando carlista, tenía á su cargo desde poco ántes de la primavera del mismo año.

No es la importancia del caudal de este río, ni todo el territorio que bañan sus aguas, lo que le ha dado nombre, especialmente en nuestras guerras civiles, siendo así que el Arga desde su origen en la frontera francesa, poco más arriba de Iragui, en el valle de Esteribar y en dirección del Baztan, riega durante su curso y hasta su confluencia con el Aragón, terrenos puramente navarros; es decir, los comprendidos en sus orillas desde los Alduides hasta las inmediaciones de Jimes; pero saludan sus márgenes posiciones muy importantes durante algunos kilómetros en su curso primitivo y en el corazón del país en donde discurre.

En la lucha que ha terminado en 1876, el papel más importante del Arga ha sido entre Pamplona y Larraga, porque constreñidas las masas carlistas de Navarra, muy particularmente en su ribera derecha, allí, á favor de sus posiciones atrincheradas, querían sostener su preponderancia desde el valle de Esteribar citado y alturas de Oricain, teniendo á su flanco el monte de San Cristóbal, en cuya falda oriental se encuentran los lugares de Artica y Ansoain que miran sobre Pamplona, y los grandes salientes y recodos del río en que están Capuchinos y Cuatro-vientos, y desde donde comunicaban por el valle de Echauri con Estella, dejando á su izquierda los baluartes de Pamplona, fuertes del Perdon, los cantones de Legarda, Obanos y Puente, los de Mendigorria, campos fortificados de Esquinza, en que puede decirse terminaba; pero que moral y militarmente considerados los recursos del país, su

riqueza y distancias de los pueblos que le son ribereños, la extensión é importancia de la línea, dándose la mano con el río Ega para ciertas operaciones en la Solana desde los Arcos á Lerin y Larraga, era la del Arga hasta más allá de su reunión al Aragón y la de éste con el Ebro, por la significación, situación, distancias y población que expresa el estado siguiente, que tomaremos para demostrarlo orillas arriba, hasta considerarnos en las inmediaciones de Pamplona:

PUEBLOS.	Distancia en kilómetros del Arga. (1)	Número de habitantes.
Funes.....	»	820
Peralta.....	»	3.500
Falces.....	»	2.700
Miranda de Arga.....	»	1.500
Bervinzana.....	»	600
Larraga.....	»	1.700
Muzurabal de Audion.....	»	50
Mendigorría.....	»	1.800
Puente la Reina.....	»	3.040
Obanos.....	3	1.300
Muruzabal, junto á Obanos.	5	430
Legarda.....	6	400
Uterga.....	7	450
Arraiza.....	2	280

Dejamos apuntado que esta línea, ó lo que se llamaba línea del Arga, se encontraba custodiada por el primer cuerpo de ejército desde algunos meses; y sus fuerzas, que fueron mandadas por el veterano teniente general D. Joaquin Bassols, vinieron á serlo por el de la misma clase D. José de Reina y Frias en la época que venimos refiriendo.

El general Bassols, dotado de una actividad grande, tenía en movimiento á las tropas de la línea, ya abasteciendo á la plaza de Pamplona, que había carecido de los recursos indispensables, ya haciendo reconocimientos sobre los vados y pueblos referidos que defendían los carlistas, señaladamente sobre Belascoain, Echauri, Ibero y Avenidas de la sierra de Andia.

Regularmente las tropas del primer cuerpo ocupaban los cantones de Obanos y Puente la Reina, como residencia del cuartel general; y las brigadas, relevándose semanalmente, lo estaban en Legarda y Uterga, Añorbe, Subiza, fuertes del Perdon y daban las guarniciones de los dos primeros puntos, haciendo en ellos y en la ermita de San Marcial, sobre la margen izquierda del Arga, el servicio penoso de trinchera, así como en los fuertes de San

(1) Los pueblos que no tienen señalados los kilómetros de distancia son bañados por el Arga ó lo son sus inmediaciones.

Guillermo é Infanta Isabel, Topos, batería de sacos y otras posiciones sobre Puente, fronteras á la ermita de Santa Bárbara que poseían los enemigos.

Embebían estos cantones y fuertes de diez y siete á diez y ocho batallones, cinco á siete baterías, de seis á ocho escuadrones, repartidos en las divisiones y brigadas que se expresan á continuación, según el cuadro orgánico del ejército del Norte de 16 de Abril de aquel año.

## PRIMERA DIVISION.

*General D. Joaquin Rodriguez Espina.*

BRIGADAS Y SUS JEFES.	BATALLONES.	CUERPOS á que pertenecían.
1.ª—Brigadier Goñi....	2	Isabel II.
	2	Málaga.
2.ª—Idem Otal.....	1	Reserva núm. 9.
	1	Cazadores Alba de Tormes.
	2	Cantabria.

## SEGUNDA DIVISION

*que mandó el general D. Miguel Trillo.*

1.ª—Garrido.....	2	Sevilla.
	1	Infantería de Marina.
2.ª—Brigadier Cotarelo.	2	Zamora.
	2	Zaragoza.

Además alternaban para el servicio en estas brigadas el batallón y escuadrón de forales de Navarra, dos compañías de Tiradores del Norte, cinco de ingenieros del segundo regimiento, el de caballería de Lusitania, el de la Reina y parte del de Farnesio.

El general Reina desde Tafalla, considerando al enemigo bastante provocativo en la orilla derecha del Arga, teniendo á Pamplona en continuo bloqueo y situadas sus fuerzas entre el mismo río y el Ulzama, con amenazas á Lumbier y Sangüesa, apartando ahora parte de sus tropas de la línea objeto otras veces de las miras y cuidados de su antecesor, las llevó hácia el Erro y el Irati, teatro de excursiones del enemigo, el cual elegía como punto de partida para sus combinaciones á Urroz, y como ayuda para estas correrías á Elcano y Aoiz, con la salida por Agós para comunicarse con Lumbier y la sierra de Leyré, á cuyas plantas murmura ya majestuoso el río Aragon, que, dando tributo al Ebro, como el Arga y el Ega, dan también ocasion á aquel antiguo adagio:

«Arga, Ega y Aragon  
hacen al Ebro varón.»

Los relevos de los cantones de la línea del Arga se habían verificado el 27 de Agosto, quedando guarnecidos los de Legarda y Uterga por los batallones de Zaragoza, algunas compañías de los regimientos de Sevilla y Málaga, dos secciones de caballería de Lusitania y una de artillería de montaña.

Estas tropas permanecieron tres días en los nuevos cantones, cubriendo los destacamentos de los fuertes del Perdon, llamados Eolo y Duque de la Victoria, así como el de la venta fortificada del Portillo.

Serían las dos de la tarde del 31 de dicho mes de Agosto, cuando se recibió orden de reconcentrar sobre Legarda los batallones que constituían la segunda brigada de la segunda division, y á las tres emprendían la marcha en dirección de los Cizures, pueblos situados poco más adelante del monte del Perdon, sobre la carretera de Pamplona, á la vista de los fuertes cuyos nombres hemos citado.

Era ya de noche cuando las tropas que se acercaban á los muros de Pamplona fueron sentidas por sus centinelas, y no advertidas sus voces de *¿quién vive?* por las avanzadas de la columna, algunos disparos de fusil, aviso más eficaz que aquellas preguntas, y cuyos proyectiles vinieron sobre ella, detuvieron instantáneamente la cabeza, y adelantándose el oficial de estado mayor que en ella venía, capitán de la Meré, logró llegar al foso y dar aviso á las guardias sobre el muro, que los que se acercaban eran amigos; con lo que cesó el fuego de estos soldados vigilantes.

Comprendióse bien esta vigilia en tropas que hacía mucho tiempo tenían siempre á la inmediación el enemigo, quien molestaba sus horas de servicio desde el cerro de San Cristóbal; y cerca de las ocho y media entramos en la plaza sin otro contratiempo, alojándose la columna al abrigo de aquellos fuertes, que ofrecieron al soldado un descanso de que carecía mucho tiempo en el servicio de trincheras y avanzadas que venía prestando.

Por este tiempo se encontraba la plaza de Pamplona, si bien escasa de guarnición, perfectamente custodiada, conservando vivo el recuerdo de su bloqueo estrecho de cinco meses, y que se renovaba de cuando en cuando, aunque se dió por terminado el 2 de Febrero, en que penetraron en ella las tropas del mismo primer cuerpo de ejército, bajo la dirección del general Moriones.

Mandaba la plaza ahora como gobernador el general D. Manuel Andía, y era gobernador civil de la provincia D. Manuel Elola y Eras, que ambos ejercían un cuidado y vigilancia dignos de elogio, teniendo frecuentemente fuerzas enemigas en el ya nombrado cerro de San Cristóbal, tan inmediato, que dista de la plaza 2.000 metros.

Una verdadera red de centinelas tenían establecidas las autoridades, cuyo celo hemos significado ya, y puede apreciarse este servicio por los puestos de guardia y otros extraordinarios que cotidianamente sostenía la infatigable guarnición y milicia nacional. Eran estos en número de 23 ordinariamente, más las patrullas y rondas necesarias, en los puntos denominados puertas de la *Rochapea*, *Nue-*

va, Taconera, Reding, San Nicolás, Tejería, de Francia; cuarteles del Seminario, Merced, Cárcel, Tesorería, Capitanía general, Hospital, Principal, Prevención de Santa María, Hornos, Santiago, Avanzadillas, Gobernador, Cuatro-Vientos, Gonzaga, San Bartotomé y Fuente.

Amaneció el 1.º de Setiembre, y las tropas del primer cuerpo, que habían pernoctado en la plaza, se movían reconcentrándose con la alegría propia del soldado español hacia la del Castillo, en donde, reunidas, dirigieron su marcha á la puerta de San Nicolás, y de allí tomaron la dirección de la carretera de Huarte, sobre cuyas alturas inmediatas se veían algunos puestos avanzados de los carlistas. Llegó la columna á este pueblo, observada constantemente desde los baluartes y cortinas de Pamplona, pues desde el momento de apartarse de su apoyo las tropas, esperaban los espectadores fuese disputado el paso desde las alturas sobre Burlada y cerro de Miravalles, que alza su frente entre los edificios de Villaba y de Huarte, pueblos situados á la vista y al Norte de dicha plaza, lamidos por el Arga, y con 640 y 670 habitantes respectivamente.

Un batallón de la brigada Cotarelo, mandado por el comandante Armendariz, se deslizó brevemente al abrigo del bosque que ciñe por aquella parte las orillas del Arga, en un recodo que llega sobre Oláz, y variando de dirección, revolvió sobre el puente que da entrada en Huarte, apoderándose en seguida del cerro que se eleva desde la orilla derecha del río, sin otra resistencia que algunos disparos de cañón y descargas de fusilería desde otra altura frontera á la de Miravalles, que comunica por una senda con las alturas de Oricain.

Cuando los albores del 3 mostraban apenas la cumbre del arrogante cerro de Miravalles y daban los reflejos sobre sus centinelas más elevados que custodiaban la posición, se reunían en el campo que está al pié del mismo, entre Villaba y Huarte, las tropas que habían pernoctado en los dos citados pueblos á las órdenes del general Reina, que el día anterior arrancó de Tafalla con algunas piezas y buena escolta de caballería.

Puestas las tropas en orden de marcha, emprendióse esta por la carretera que conduce á Urroz, apartándose de las riberas del Arga, para hacerse dueños del terreno comprendido entre las del Erro y el Irati, moviéndose á la vista del enemigo por Ibiricu, venta de Iransus, Villaveta y Ecay.

En Urroz tuvo lugar á las nueve de la mañana la reunión de las tropas del primer cuerpo con la columna del general D. Luis Fernández Golfín, que, procedente del distrito de Castilla la Nueva, había dejado el día anterior á Lumbier y se ponía en combinación con aquellas, verificándose la entrevista en la plaza espaciosa de dicho pueblo. Allí se dió á

ambas fuerzas un descanso breve, que reclamaban el alimento y la marcha que traían unas y otras.

El general Golfín, activo é inteligente, estaba hacia los confines de las provincias de Huesca y Zaragoza, y tenía la orden de impedir que Dorregaray rebasara la línea del Gállego; río que muy vecino en su nacimiento con el *Gave de Azun*, en los Pirineos altos, y en territorio francés, va del otro lado de estos, mientras que Gállego es tributario del Ebro, cerca de Zaragoza, y pasa por Biescas á Murillo y Zuera, para dejar sus aguas no lejos de la ciudad invicta de 1808.

Las tropas de la columna Golfín habían tenido, en gracia de sus buenas combinaciones, la suerte de obligar á Dorregaray á retroceder en su marcha atrevida, y que entrase en Cataluña. Entonces la columna recibió nueva orden para penetrar en Navarra por el canal de Berdun y cambiar la línea de sus operaciones, de acuerdo con la brigada Otal, ocupando la del río Aragón entre los pueblos navarros y limitrofes de Cáseda, Sangüesa y Lumbier; pero volviendo Dorregaray á su plan de entrar en Navarra, recibió la columna de Golfín nueva orden de apoyar la citada línea del Gállego en los puntos mencionados.

Así las cosas, un telegrama del general Reina avisaba á Golfín acudiera con las fuerzas de que pudiera disponer á la entrevista de Urroz: hallábase en Sangüesa, recibió el 2 el telegrama y no vaciló en ponerse en marcha con seis compañías del batallón provincial de Madrid, dos del de Alcalá de Henares, cuatro del de Jaen, 100 caballos del regimiento lanceros de España y dos piezas de artillería.

Siguió esta columna la carretera á Urroz con algunos encuentros en su marcha con destacamentos carlistas, que sin duda esperaban la llegada de Dorregaray en lugar de las tropas del Rey D. Alfonso XII, y se efectuó sin inconvenientes la reunión indicada, habiendo logrado el enemigo retirarse ó resguardarse en las montañas que sostenían los campos atrincherados de Aoiz, sin más que un breve encuentro en las sombras de la noche de la avanzada que conducía el ayudante de campo don Francisco Delgado Ballesteros con el cabecilla Rosa Samaniego.

Salieron de Urroz las tropas reunidas á la una de la tarde del 3 y se emprendió la marcha en vía de Aoiz, flanqueando la derecha, para concurrir sobre Beriain, medio batallón de Zamora con los tiradores de Navarra y alguna caballería. Llegadas las tropas como á la distancia de unos dos kilómetros del puente de Agós, una ligera suspensión de la marcha dejó observar la presencia del enemigo sobre las trincheras elevadas que dominan desde su izquierda las orillas del Irati, y en las posiciones que van á descender junto al pueblo de Meoz; posicio-

nes ocupadas por la infantería contraria, con el apoyo en el valle de la caballería del partidario ya dicho Rosa Samaniego y otros destacamentos.

En aquella suspensión breve, porque el tiempo apremiaba, las tropas del general Reina ocupaban el ángulo que describe la carretera de Aoiz y el ramal que dirige á Agós entre Villaveta, Olabein, Eca y el referido Agós ó Aós, que por ambos nombres se le conoce en el país, y tenían á su costado derecho á Zuza, por donde debían concurrir otras encargadas de flanquear el mismo lado.

El Irati, un tanto mermado por el influjo de los meses estivos, bajaba allí con rumores que le ofrecen la pendiente de un álbeo pedregoso que le da paso, y un desnivel considerable que le impulsa desde el Pirene hasta penetrar en el valle de Urrual.

Dueños de sus márgenes en el puente de Agós, contemplábamos el origen y el curso del río, recordando que subiendo á uno de los brazos que forman su nacimiento en el monte que le da nombre, está Roncesvalles, de tan alta celebridad, que memora los tiempos de Carlomagno por un hecho de armas no ménos famoso, librado con nuestros vecinos de allende el pico de Ory, y sirve de cuna al brazo izquierdo del río en su primer giro, y recogiendo ambos brazos en Orbaiceta, desciende por Arike y bajan sus aguas al valle de Lónguida, llegando algunas arroyadas del Pirineo, uniéndose cerca de Sangüesa con el Aragon, dejando regadas ántes de esta confluencia lindas riberas que amenizan los límites de las provincias de Navarra y Zaragoza, ya dichas.

Dadas las disposiciones convenientes, y pareciendo indicar el enemigo con sus movimientos y posiciones que ocupaba que su punto de defensa principal sería sobre la izquierda del río, se presentó una fuerza en ademan de sostener el paso del puente del citado Agós, desde un bosque situado á poca distancia, aguas arriba, y que proporcionaba una defensa fácil, casi á cubierto, contra los que bajaran por la carretera.

Eran las dos y cuarenta minutos cuando el enemigo disparó sus primeros tiros sobre la guerrilla que exploraba el bosque por la derecha; y en tanto que tomaba el puente á la carrera y se reunía esta columna del otro lado del río, las tropas del centro, bajo el mando del general Reina con Espina, y las de Castilla la Nueva, que formaban la izquierda, mandadas por su jefe Golfín, y que habían hecho la marcha á vanguardia, adelantando desde el pueblo de Villaveta 60 caballos del regimiento de España, atacaron con decisión por la izquierda, bajo los fuegos de la artillería, y pronto fué tomada la ermita de San Juan, haciendo replegar al enemigo á las trincheras escalonadas que coronaban la montaña por aquel lado.

Tomada también la posición importante de Olaverri, jugó un papel, asimismo notable, la brigada de Castilla la Nueva entre el Erro é Irati, mientras que por la derecha de este último la columna del primer cuerpo de ejército, que dirigía el brigadier Cotarelo, variando desde Agós sobre su flanco izquierdo, atravesó el valle en línea de columnas, envolvió el pueblo de Meoz, volvió cerca del río sobre las elevadas posiciones y trincheras de la cañonera y se posesionó de ellas con algunas bajas por nuestra parte.

Apénas tomado Meoz y dirigida la columna de la izquierda á las trincheras más elevadas que enfilaban á Aoiz y riberas del río, desde las que había hecho el enemigo algunos heridos de tiradores del Norte y de Lusitania, cuando pronunció la retirada por la parte montuosa de Gorraiz, y cuando el sol llegaba á su ocaso, coronaban los batallones que dirigía Cotarelo todas aquellas posiciones, en tanto que el general Reina, Espina y Golfín se hacían dueños de Aoiz. El enemigo, cubierto por las sombras de la noche, se retiró por la espereza de las montañas que separan los valles de Arce y de Lónguida, encaminándose hácia Nagore, en donde Rosa Samaniego tuvo en alarma sus gentes aquella noche.

De este modo, para el 6 de Setiembre ya las tropas que salieron de Lumbier, de Legarda, de Obanos y Tafalla, en vía de la capital de Navarra, se habían abierto paso por las difíciles posiciones de Miravalles y Elcano, pasado el Irati y dominado las orillas del Salazar y del Aragon, cuando entre Lumbier y Sangüesa lame los piés y rompe por entre la empinada sierra de Leyre, que tantas provocaciones, duelos y sangre había de costar allí, casi en los confines de las Provincias, divididas por una leve demarcación en el mapa, y que en los tiempos de D. Jaime I, apellidado el Conquistador, y de Fernando II de Navarra, llamábanse fronteras de dos reinos, hasta que fueron rotas por D. Fernando V para unir los de Aragon y Castilla.

De este modo también, los habitantes de Pamplona recobraron confianza, vieron expeditas las comunicaciones entre la plaza y los pueblos de la montaña, proveyeron sus lugares con viveres que otras veces servían para la gente contraria, y saludaron nuevamente al primer cuerpo de ejército, como lo habían hecho en los primeros días de Febrero, en que con tanto regocijo le habían abierto sus puertas (1).

JUAN COTARELO.

(1) Véase el parte detallado de esta jornada en la *Gaceta* del 24 de Setiembre de 1875.

## UNA CARTA SOBRE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

Sr. D. Gumersindo Laverde.

Mi digno y estimado amigo: Ya sospechará usted el motivo de esta carta. En una que le dirigió hace tiempo el Sr. Menendez Pelayo, y en otra por usted escrita, que acabo de leer en la REVISTA EUROPEA (1), sale á plaza mi pobre nombre envuelto en una discusion sobre un tema doblemente importante, porque interesa á la ciencia y á la patria.

Por incidencia hube yo de citar (2), discutiendo un problema puramente político, como ejemplo del influjo, beneficioso ó perjudicial, que en la vida del pensamiento pueden ejercer determinadas relaciones entre el órden científico y el Estado, lo sucedido en nuestro país en los últimos siglos; y de esto tomó pié el Sr. Menendez Pelayo para escribir á usted, celoso y entusiasta revelador de nuestras glorias tradicionales, una carta en la que procuraba demostrar la inexactitud de mi afirmacion. Guardé entónces silencio, cosa que recelo, aunque me duela, atribuye usted á desden, equivocándose de medio á medio. Callé, porque dado el origen de la cuestion, no me importaba ésta para el fin del escrito que fué ocasion de ella; callé, porque deseaba y esperaba que la polémica se sostuviera por personas más peritas y más dadas á estos estudios que yo; y callé, sobre todo, porque se trataba de las glorias de la patria, y me repugnaba un poco aparecer como disputándolas á ésta. Me decía: si el Sr. Menendez Pelayo exagera, harto refrenarán sus ímpetus en favor del estudio histórico de nuestra filosofía las dificultades de todo género que se opondrán á la realizacion de la obra que, siguiendo el camino por usted abierto, se propone llevar á cabo, y recordaba aquel verso de mi paisano, el malogrado Enrique Gil, cuyas obras usted ha recopilado:

*¿para qué averiguar si deliramos?*

Pero, amigo mio, acabo de leer la carta de usted que ha de servir de prólogo al libro del Sr. Menendez Pelayo, y no puedo conformarme con lo que de mi humilde persona se sirve decir, mucho menos cuando me supone como olvidado de lo que en un libro, del que fui causa ú ocasion de que se escribiera (3), ha dicho aquel á quien debo la existencia y además el amor y el respeto que me ha inspirado

(1) En el número anterior.

(2) En el primero de una serie de artículos sobre el *Self-government* y la *Monarquía doctrinaria*, publicados en la *Revista de España*.

(3) *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principios de la ciencia*, por D. Patricio de Azcárate.

siempre cuanto á la ciencia se refiere. Si este ha sido, como usted dice, «*ferviente panegirista del movimiento intelectual de España en el siglo XVI*», no lo estimo yo menos.

Quizás usted y el Sr. Menendez Pelayo creen que el espíritu de escuela, de que me considero á Dios gracias completamente libre, ha oscurecido en mí este respeto heredado por las glorias científicas de la patria; pero por fortuna puedo sacarles de este error, que consiste en considerar enemigo de aquellas al krausismo, recordando lo que uno de los más distinguidos representantes de esta doctrina decía precisamente al hacer la crítica de la *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*. Era esta para el Sr. D. Federico Castro la única obra «en que se apreciaban seriamente la influencia y el valor de nuestros místicos del siglo XVI, mientras que atacando errores añejos y mal intencionados, claramente se mostraba que no faltó genio para trascendentales especulaciones en un país que, apenas halla lugar en la civilizacion romana, engendra en Séneca el mayor de los filósofos provinciales, que con San Isidoro prepara y domina toda la ciencia de los siglos medios, que maravilla con Lulio, que contribuye como el que más al despertar de las letras, que con Vives, Huarte y Gomez Pereira precede á Bacon y Descartes, que con Foxo Morcillo realiza, al decir de Bosvin, la tentativa más feliz de conciliacion entre Platon y Aristóteles, esos luminares mayores de la filosofía griega, y con Servet, Santa Teresa y San Juan de la Cruz intenta la más difícil empresa de conciliar el resultado de toda la antigua cultura del neo-platonismo con el cristianismo.» Y dice más adelante el crítico krausista, que aspiramos á fundar como los pueblos más adelantados, «un derecho, una ciencia, un arte modernos, pero es una ciencia, un derecho y un arte *españoles* lo que debemos fundar, ó nuestra nacionalidad desaparece.» En otro pasaje habla de cuánto pueden contribuir semejantes esfuerzos «á aclarar la filiacion de las ideas y á deslindar el lugar que de derecho nos pertenezca en la historia de la filosofía; y quién sabe si acaso á descubrir algunos de esos tesoros que se perderían para las generaciones venideras carcomidos por el polvo de las bibliotecas, sin que una mano amiga les ayude á aumentar el catálogo de nuestras glorias.» Y añade luego: «pero si esta necesidad era general y como intuitivamente vislumbrada, pertenece al Sr. Azcárate la hora de haberla formulado; tendamos á crear una *filosofía española*: hé aquí el blanco y el resumen de su exposicion de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principios de la ciencia.» Y concluye por fin con estas palabras: «Queremos una filosofía, porque somos hombres; una filosofía para nuestro siglo, porque es en

el XIX y no en el XVI en el que vivimos; una filosofía apropiada á nuestro país, porque somos españoles (1).

Ahí tiene usted, amigo mio, frases y expresiones que parecen escritas por usted ó por alguno de sus colaboradores. No hay, por tanto, *prejuicios sistemáticos* que me impidan recordar lo escrito por el «ferviente panegirista del movimiento intelectual de España en el siglo XVI.» ¿Dónde ni cuándo lo he negado yo? Usted supone que he dicho que la vida científica de España estuvo oprimida y paralizada *por completo* durante el período que corre desde los Reyes Católicos hasta la guerra de la Independencia; y esto no es exacto, pues, sobre no haber sido tan absoluta mi afirmación, al decir durante tres siglos, quería dar á entender las postrimerías del XVI, el XVII y el XVIII, y los comienzos del presente, con lo cual dejaba á salvo, tal era mi deseo, el desenvolvimiento científico del XVI. No habrá quien, al leer aquellas palabras mías, haya dejado de comprender que aludía á una época de *decadencia*, que todos reconocen, aunque la expliquen de distintos modos, y la cual supone un florecimiento anterior que nadie ignora tampoco.

Ahora, si se pretende que este continuó sin interrupción; que no vino luégo aquel «desastroso período que un publicista, por cierto nada sospechoso, llamaba un paréntesis en nuestra historia;» que sólo extranjeros ignorantes y españoles racionalistas culpan por ello á la Inquisición, cuando acaba de decirlo en su lecho de muerte el conde de Montalambert, y como si no fuera católico quien dijo de aquella: *ubi semper veritati rogi preparatus erat*, francamente, amigo Laverde, esto ya es demasiado; porque por encima de todos los argumentos, del ingenioso procedimiento de añadir á ciertos nombres la terminación *ismo*, y de todas las *listas* de escritores, no muchos para *dos siglos*, y eso que no se olvida ninguno, queda siempre esta indudable verdad, y es que si no se hubiera interrumpido aquel movimiento, no lo *ignorábamos*, y, sin embargo, tanto lo ignoramos, que los esfuerzos generosos y patrióticos—me holgaría de tener fuerzas para ofrecerlas y pretender un puesto en tan gloriosa empresa—de los que trabajan para *descubrir* lo perdido y *reanudar* lo interrumpido, pasan para algunos por arranques de monomaniacos. ¿Cabe una prueba más elocuente de que no sólo se agotó ó atrofio nuestra originalidad en este orden, sino que hasta olvidamos lo sabido?

Además, mientras que nadie pone en duda la rica vida científica de nuestra patria en el siglo XVI, y lo propio sucede con el renacimiento filosófico de nuestros días de que todos somos testigos, ¿en qué

consiste que cuando se trata de estimar el valor de lo producido en los siglos XVII y XVIII..... más

*¿para qué averiguar si deliramos?*

Sigan, sigan ustedes en su patriótico propósito. Dadas las condiciones de nuestro país, todo ese ardor y todo ese entusiasmo son precisos para conseguir *algo* de lo que desean, y ese algo servirá por lo ménos para «dar un solemne mentís á los sostenedores de esa pobre opinion, aliento de medianías, que consiste en creer que la filosofía es un delirio, y que los que á ella se consagran son visionarios que elaboran en lo más encumbrado de la metafísica concepciones que ningun servicio real y efectivo prestan para mejorar las condiciones del hombre en este mundo.» El que esto decía hace algunos años, añadía luégo: «¡ah! sólo en nuestra sociedad española se profesa tan solemne absurdo, nacido de la raquítica educación científica que hemos recibido *por más de dos siglos* (1).» Y hé aquí, mi buen amigo, cómo el *ferviente panegirista* del movimiento del siglo XVI afirma también la interrupción á que yo aludía y de que tomó pié el Sr. Menendez Pelayo para escribir su primera carta. ¿Quiere usted que, á fin de evitar equivocadas interpretaciones, diga yo *por más de dos siglos*, donde dije *durante tres*? Pues ya está usted complacido, porque en la reimpression que estoy haciendo de aquellos artículos, he verificado ya está enmienda, que ni quita ni da fuerza al hecho que allí cito como ejemplo.

Son tantas en los tiempos que corren las cosas que separan á los hombres, que es grato reducir su número y aumentar el de aquellas que nos unen. Por esto, ya que estimemos de distinto modo la vida científica de nuestra patria en los siglos XVII y XVIII y las causas de su postración, bueno es que conste que ni unos ni otros renegamos de la gloriosa tradición filosófica del siglo XVI, y que todos ansiamos la formación y desarrollo de la *Filosofía española*; así como también deseo hacer constar que, por mi parte, no he olvidado, ni podía olvidar, los esfuerzos del primero que asignó el siglo XVI á España en la historia de la filosofía, sin que *prejuicios sistemáticos* puedan llevarme á hacerlo, cuando uno de los más distinguidos representantes de la escuela de que se me supone ciego partidario, muy gratuitamente en verdad, pues que la simpatía que me merece no estorba en lo más mínimo la independencia de mi espíritu, dijo lo que transcrito queda acerca del pasado y del porvenir de la *Filosofía española*, precisamente al juzgar la *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*.

Y como no era otro el fin que me ha movido á

(1) *Revista Ibérica* del 30 de Diciembre de 1862.

(1) Prospecto de la *Biblioteca filosófica*, publicado por D. Patricio de Azcárate en 1866.

escribir esta carta, aquí la pongo fin, no sin manifestar ántes, que, no obstante la antipatia con que usted mira las tendencias de la Filosofía moderna y la absolucion que otorga á ciertas formas de discusion que, léjos de autorizarse con ejemplos de pasados tiempos, no tienen hoy disculpa alguna, y por eso sin duda usted nunca las emplea, deseo vivamente que á lo que he visto con pena llama usted su *testamento literario* sigan numerosos *codicilos* y *cédulas testamentarias*.

Siempre suyo afectísimo amigo,

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

Madrid 30 de Octubre de 1876.

## CASTELAR.

(RECUERDOS DE ITALIA.—SEGUNDA PARTE.)

Doch du warst mein Zeitvertreib  
Goldne Phantasie...

(Tú eras entonces mi solaz, dorada  
fantasía.)

GOETHE.

La existencia de los monstruos en la naturaleza era un argumento con que se pretendía desconcertar á los antiguos providencialistas: ¿cómo, si el dedo de la sabiduría infinita preside la obra del Universo, se explican esas deformidades, esos desarrollos atrofiados á lo mejor, en que todo puede imaginarse ménos el trabajo oculto de la idea? En cambio, si todo es casualidad y determinismo, lo deforme, lo inexplicable, lo feo y lo horrible tienen la explicacion mejor, la de no necesitarla.

Hoy, que lo más corriente es la negacion de la finalidad ideal, puede preguntarse á los partidarios de la casualidad ciega, cómo se explican esos otros monstruos de virtud, de belleza ó de genio, protesta viva y elocuente, en lo finito, de lo ideal y eterno. Si todo es casual y azaroso, ¿qué extraña casualidad la del genio!

Es, sin duda, excesiva la pretension de los sabios, que sólo á nuestros sentidos quieren que prestemos fe y aquiescencia, que nada digamos de cuánto dentro de nosotros grita mostrándonos la luz de otros horizontes. Pero es vano su empeño; y aún si á nosotros mismos queremos engañarnos volviendo todo el esfuerzo de la atencion al exterior, á las puras relaciones de los sentidos, no faltan magos del arte que en esa misma naturaleza, que por lo único real íbamos á tener, hagan aparecer con transparencia hermosa la idea, lo absoluto, lo eterno que dentro de la conciencia procurábamos relegar al olvido.

Esta juventud que hoy crece en España ávida de ejercicio intelectual, casi avergonzada de nuestro

retraso científico, busca, con más anhelo que discernimiento, las nuevas teorías, la última palabra de la ciencia, temerosa, más que del error, de quedarse atras, de no recibir en sus pasmados ojos los más recientes destellos del pensamiento europeo. El positivismo, ó lo que por tal palabra se significa vulgarmente, ese conjunto de teorías que, tal vez opuestas entre sí, convienen en rechazar la posibilidad de toda ciencia de lo absoluto y comunicacion con lo metafísico, va ganando terreno entre nosotros, y aún los que han comenzado sus estudios filosóficos en las escuelas más exageradamente idealistas; buscan conciertos y relaciones con esa tendencia experimentalista que amenaza hacerse universal. En Francia misma, donde el espiritualismo, quizá superficial, de Cousin ha querido luchar contra todas las innovaciones, hoy anhelan sus representantes más autorizados buscar términos de avenencia con la novísima filosofía. ¡Qué mucho que entre nosotros, donde, dígame lo que se quiera, los estudios filosóficos no tienen arraigadas tradiciones, se vaya el ánimo, y tras él el pensamiento, por los derrotados que extraños pensadores nos señalan!

Sin embargo, ántes de dejarnos arrastrar definitivamente por esa vía, debemos mirar atras, y ver si á nuestra espalda queda algo grande, sublime, que, con nuevas voces y energia inesperada, nos llama y detiene y nos dice que vamos al abismo.

Y sí que veremos y oiremos algo digno de atencion y admiracion profunda, que por lo ménos nos hará contener el paso y meditar, con planta inmóvil, en medio del camino.

Hablábamos del genio, teníamosle por inexplicable para la ciencia determinista y sensualista, y le llamábamos hechicero porque hace brotar de las rocas, como Moisés, el puro manantial del espiritualismo. Y es verdad. ¿Qué casualidad de átomos encontrados ó de fuerzas acordes pudo dar por resultante esa imaginacion deslumbradora, esa inteligencia vidente, ese corazon amoroso, esa palabra milagrosa que, llamándose en el mundo Castelar, va sembrando por la tierra espiritualismo, renegando de su propia esencia si es que no pasa de fuerzas físicas y materia ciega? ¿O será más bien que el genio es la conciencia, es la idea tan íntima de sí, tan clara ante sus propios ojos, que irradia en forma de esplendores la verdad de su sér, la conviccion de su naturaleza inmaterial, divina? No, el genio no puede ser obra de la casualidad, y Castelar, como todos esos grandes apóstoles del espiritualismo, trae, con sólo su presencia, un argumento poderoso en favor de sus ideas. Pero no basta eso; el genio halla el espíritu en la naturaleza misma; de opaca la hace transparente, y como Fausto, por arte de Mefistófeles veía la imagen de Margarita á través de los gruesos muros, este hombre viejo de

nuestro siglo, este sabio descontento, ve, á través de la materia que parece inerte, por poder del genio, la imágen del espíritu, también pura y blanquísima, y de ella se enamora.

¡A cuántos hombres pensadores habrá sobrecogido este alarde espiritualista de Castelar que se llama *Recuerdos de Italia*, en medio de frios trabajos de ruina, de esos trabajos penosos que sirven para descubrir dentro del alma algo que tenemos por superstición, por antojo y fantasía, y que fué algún tiempo altar sagrado, tabernáculo misterioso! Más desoladoras que las ruinas que cubren la tierra, son esas ruinas de pensamientos que el hombre de estos días va acumulando dentro de sí, y que, ya escombros, todavía le agobian con su peso. Recuerde cada cual aquel cielo en que creyó de niño, cielo que con ser espacio no estaba en parte alguna, porque estaba más arriba de todo: al borrarse de la fantasía esa mansion dichosa llena de luz sobrenatural, ¡cómo se cerraron los horizontes, cuántos de sus rayos perdió la claridad que alumbró el alma! Pero luego puede la razón alimentar nueva fe, más varonil, más sublime; no se cree en el cielo, pero se cree en los cielos; todos los astros son viviendas; el universo está lleno, y la humanidad habita lo infinito; las almas van de mundo en mundo, como las aves de rama en rama... También esta creencia sostiene: somos gusanos, se nos dice, de este planeta, y nuestra suerte de efímeros está pegada al terruño como el esclavo de la gleba. Entonces el corazón, al sentir que le cortan las alas, al oír en nombre de la ciencia la terrible predicción «no volarás,» mira con tristeza á los cielos, y en las estrellas, esas promesas de eternidad, no ve más que sarcasmos.

Cuando á tal estado se llega, y hoy son muchos los que llegan á tal estado, un libro como el de Castelar es una tabla de salvación. Tal vez se abren las hojas por disfrutar el deleite del arte, que aún para los desesperados es un bálsamo; pero al terminar la lectura, las lágrimas han rodado por las mejillas, y se podría creer que vienen derechas de la conciencia: no son lágrimas de dolor, ni son lágrimas de alegría; son lágrimas de conciencia: nuestra alma, negada por nosotros mismos, vive como planta descuidada en el fondo de nuestro ser; es el rosal del Paraclito: el soplo del genio, la palabra de Castelar viene á agitar sus fibras, que son las hojas; y el alma llora ese rocío.

El libro de Castelar viene, ante todo, á predicar el dogma del espíritu.

Pero es también muy común entre nosotros otro gran desaliento: los más piensan que se muere nuestra raza. Se oye hablar todos los días de fatalidad histórica, de leyes de selección: como la fuerza, según se dice, vale por todo, la fuerza que

viene del Septentrion nos va á aplastar; y como nosotros nos sentimos débiles y una historia muy larga y borrascosa nos enseña que estamos viejos y gastados, nos parece inevitable la derrota, irremediable la consunción. Los *Recuerdos de Italia* son también un himno valentísimo al espíritu latino, á esta raza que ha llenado hasta ahora los anales de la civilización. No quiere Castelar la guerra de las razas ni aún el predominio de la nuestra; nadie como él ha sabido enaltecer el valor histórico, providencial del germanismo, y aún para la familia eslava ha tenido páginas muy elocuentes; pero se puede reconocer la fuerza de los demás sin negar la propia; es necesario que los pueblos latinos se animen á la vida, que no se den por muertos y ensayen el vigor de sus miembros. Por eso el ilustre orador compone sus libros de Francia y de Italia, y por eso en cada palabra de sus obras escritas y de sus discursos hay un recuerdo amoroso y un entusiasta saludo para su querida España. ¿Qué misión más civilizadora que la de tales escritos y tales discursos? Nada hace tanta falta á estas naciones hermanas como creer en su energía para ejercitar la voluntad, y unirse más cada vez para realizar juntas lo que la civilización exige de ellas.

Castelar en Italia evoca la historia, estudia el arte y pinta la naturaleza; y por milagro de su pasmosa fantasía, la historia le muestra á las puertas de Roma un compendio de todos sus anales, una condensación de todos los días pasados, un sarcófago en que hay algunas cenizas de todos los pueblos muertos y hasta de todos los dioses olvidados. El arte le enseña restos de todos los ideales, sus contrastes, sus oposiciones y sus síntesis armónicas como en San Marcos de Venecia; en Italia muere el espíritu clásico, el espíritu helénico, resonando en los cantos de Virgilio el eco más puro y fiel de la epopeya homérica; en Italia se canta la epopeya romántica, la epopeya de la Edad Media, que es la comedia de Dante. ¿Y la Naturaleza en Italia? ¿Qué alma enamorada de la Naturaleza no ha suspirado con Mignon por el país donde florecen los limoneros, por las sombrías enramadas donde brillan las naranjas de oro! Estas campiñas, dice el autor, son las primeras campiñas del mundo. ¿Quién lo duda? La estética física reconoce que las zonas templadas son las que ofrecen la naturaleza más bella, sin excesos de vida loca como en el Ecuador y bajo los trópicos, sin las tristezas de la muerte como en las regiones polares; y entre todos los países de la zona templada, ¿qué país como Italia? y sobre todo, ¡Italia pintada por Castelar! Porque es necesario pensar en esto para dar al genio todo lo que es suyo. Cualquiera ha sentido en la muda contemplación de un paisaje profunda emoción, acaso estático arrobamiento; pero trasladar al papel ó á los labios toda la belleza con-

templada junta con la emoción sentida, solamente lo puede el orador poeta, el gran artista.

Si Castelar nos arranca de la frialdad infecunda de nuestras dudas, y nos lleva tras sí al cielo de sus ideales, deberá en parte al valor propio de los principios que invoca; pero otro tanto nos impele, ó más acaso, la fuerza, el encanto de su fantasía. Su fantasía; quizá este don precioso lo miran algunos como el pecado mayor del genio de Castelar: dicen que no le deja ver las cosas tales como son, que tiene la desgracia de Midas, porque todo lo que toca lo convierte en oro. Pero no miran que la fantasía en Castelar, como en todo gran poeta, tiene algo de profecía, es intuición que adivina secretos, es amor que penetra en la esencia del objeto amado: la belleza pide unidad, aborrece la abstracción, como la naturaleza se dijo que aborrecía el vacío, y las cosas que á nuestra vista grosera sólo se presentan por un lado y en el aspecto de las contradicciones, para el alma del artista aparecen en todo lo que son relacionadas en la armonía, porque la inspiración es como un imán que atrae á la luz todo lo que estaba en la sombra; de aquí ese optimismo de Castelar para todas las grandes ideas, de aquí su espíritu abierto á la más amplia tolerancia. Él mismo dice que á la asociación de ideas se deben muchos pensamientos y muchas venturas; y esta facultad en él está desarrollada de tal modo, que puede en poco tiempo recorrer el mundo físico y volver al espiritual, y juntarlos y compararlos; especie de ubicuidad que revela en el hombre el *quid divinum*. Castelar ve cuadros completos; el paisaje solo le parece poco: llega á Mantua, y en medio de la vasta campiña, en el centro de iluminación hace que se aparezca Virgilio, y aquel hermoso panorama ya sólo sirve para que en él se destaque la figura del poeta rodeada de una aureola de espiritualismo. En Sorrento, agarrado á la tierra, como si temiese caer al mar, lamenta el desvío del Tasso, que no cantó su patria; pero hablando, hablando del poeta, él también abandona á Sorrento, y de corte en corte, y de desventura en desventura, sigue al maníaco hasta la muerte, y despreciando casi su poema, canta su martirio.

En la isla de Capri Castelar se entrega por completo al amor de la naturaleza; pinta, mejor que la aurora de los rosados dedos, aquellas aguas, aquellas dunas, aquellos montes; saltando de isla en isla, su fantasía corre á la Grecia, despierta el mundo clásico, y, como el Mágico prodigioso para deslumbrar á su aprendiz teólogo trasladaba las montañas y provocaba el trueno, Castelar evoca el nombre de Ulises, y sin piedad lo entrega á la lucha de los mares y á los encantos de Circe; y Homero vuelve á sus viajes y á sus cantos, y todo el mundo griego surge de sus cenizas al conjuro de este poeta ex-

traño cuya voz es más suave que la flauta de Pan, de este poeta cuyas palabras no son griegas y sin embargo son tan dulces y armoniosas que el orgullo helénico no puede llamarle bárbaro. En Capri hay misteriosa gruta en el mar; allí penetra el viajero artista, y ante espectáculo no visto, al contemplarse enfrente de maravillas que parecen de otros mundos, hace que su palabra también se transforme, se ilumine con las tintas mágicas, sobrenaturales de aquella región mitológica. Y haciendo un descubrimiento que es infantil y que es sublime, dice que «será aquel el sitio donde se mojó el Amor cantado en su oda tercera por Anacreonte.» Este recuerdo, esta asociación de ideas es de un efecto inmenso; revela que Castelar tiene bastante poesía en el alma y es bastante clásico para creer casi en la mitología. Polifemo, Galatea están en la orilla, y en contemplarles se recrea Teócrito, que cantó su idilio; otro poeta, Bion, le grita á un muchachuelo que unta con liga la rama de un árbol:—Cuidado no prendas al amor...—Pero de pronto se levanta una sombra que todo lo oscurece, la sombra de un tirano, la sombra de Tiberio... y tras imprecación sublime enmudece el cantor de tantas bellezas.

Todas callaron trémulas las aves.

Estremece el pensar qué sería de todos si, contra los esfuerzos de tantas almas secas que pretenden borrar los cielos que la imaginación nos pinta, tras haber derrumbado el Empíreo, no se levantase la voz potente del genio. Aquellas palabras de Hamlet tan repetidas: «Hay muchas cosas en los cielos y en la tierra que no hemos penetrado,» dejan el campo abierto á la fantasía dorada, como la llamó Goethe; aquel poeta que, cuando niño, imaginaba que él era un valeroso héroe, como el príncipe Pipi, que cruzaba el mundo, y que sentado en opíparo banquete con hermosa dama, recogía en sus besos tanto placer, que quería morir. Y luego ese mismo poeta, perdió aquellos sueños y gritaba desesperado: «Decidme, decidme cuál es el camino que me vuelva á mi ventura; quiero aquellas imágenes; mostradme, mostradme el camino...»

Bien haya el escritor sublime, el poeta sin par, que con la música de su palabra nos orienta en el camino de la fantasía; que nos saca de la prosa mezquina de la vida; tanto más peligrosa porque es sistemática, para conducirnos á los verjeles de su espiritualismo, que son muy parecidos á los jardines de Academo, nos va cantando por el camino la leyenda de todos los siglos, la epopeya eterna de la Idea... Por él nos animaremos acaso á buenas obras, y nos crearemos capaces de llegar á ser héroes... como el príncipe Pipi.

LEOPOLDO ALAS.

## EL COMANDANTE VILLAMARTIN

## Y SUS ESCRITOS MILITARES.

## I.

EL AUTOR EXPLICA LOS MOTIVOS QUE LE HAN IMPULSADO Á ESCRIBIR ESTOS APUNTES CRÍTICO-BIOGRÁFICOS.

Cuenta el docto comentarista de la legislación militar española, D. Antonio Vallecillo (1), que á la fama de la nueva táctica inventada por el rey de Prusia Federico II, con la que consiguió tan señaladas victorias en sus gloriosas campañas de mediados del pasado siglo, se apresuraron todas las naciones de Europa á mandar comisionados á Berlin, para que del mejor modo que les fuera posible se enterasen de los principios en que dicha táctica se fundaba y de las aplicaciones que de ella podían hacerse en los varios trances de la guerra. Comisionado, pues, por el Gobierno español, presentóse al monarca prusiano el general D. Juan Martín Alvarez de Sotomayor, y al manifestarle el encargo que se le había conferido, le contestó el rey que extrañaba hubiese hecho un viaje á Prusia para aprender una táctica que él había aprendido en España. Al oír estas palabras, quedóse confuso Alvarez de Sotomayor, no acertando á explicarse su verdadero sentido, y comprendiendo el monarca la causa de su silencio, se apresuró á preguntarle si conocía las *Reflexiones Militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, á lo cual contestó el general con visible disgusto que, aunque tenía alguna idea de la existencia de esa obra, *no la había leído*. El rey de Prusia le dijo entónces, quizá con exagerada modestia, que la táctica de que le juzgaban autor estaba deducida de los principios que se hallan establecidos en las dichas *Reflexiones Militares*, y que por esto decía haberla aprendido en España, pues si bien nunca había estado en la Península, debía su conocimiento á un autor español.

Si un general de nuestro ejército, que sin duda alguna gozaría fama de entendido en su profesion, cuando se le comisionaba para estudiar los adelantamientos tácticos de las tropas prusianas, *no había leído* la obra española de ciencia militar que mayor renombre ha alcanzado en las naciones extranjeras, no sería de extrañar, ántes bien parécenos naturalísimo, que la mayor parte de los que lean estas líneas, ignorando la existencia de ciertas *Nociones del arte militar* que vieron la luz pública á principios del año de 1863, se habrán preguntado con curiosidad: ¿Quién es el comandante Villamartin? ¿Qué mérito pueden tener sus escritos militares cuando

(1) Véanse los artículos de este escritor que insertó *El Espíritu Público*, diario político, en los días 29 y 30 de Setiembre de 1864.

su nombre no se halla rodeado por la esplendente aureola de la gloria, ni siquiera ha alcanzado celebridad notoria entre sus mismos contemporáneos?

Contestar á las anteriores preguntas, demostrando con innegable evidencia que el nombre de D. Francisco Villamartin debe ocupar un puesto entre los de nuestros más ilustres escritores didácticos del siglo XIX, tal es el fin que nos proponemos realizar al escribir estos apuntes biográficos y bibliográficos. Tiempo es ya de que, mediante el progreso de la cultura patria, comience á negarse la triste verdad que encierran las palabras del insigne Feijóo, cuando afirmaba que no conocía ningun autor español que no hubiese sido más alabado por los extranjeros que por sus compatriotas. Este hecho tiene una explicacion poco favorable para el carácter nacional; explicacion que es cuestion de honra, que procuremos invalidar todos los que nos preciamos de patriotas, en el sentido elevado que debe darse á esta palabra.

## II.

## TENDENCIA FILOSÓFICA DEL PENSAMIENTO DEL COMANDANTE VILLAMARTIN.

Hay una ciencia considerada como inútil, y quizá como perjudicial, por todos los que jamás la han estudiado. Esta ciencia se llama filosofía.

Los que ignoran las ciencias fisico-naturales saben respetar la memoria de esos sabios que se llaman Newton y Buffon, Laplace y Humboldt. Los que ignoran hasta las más elementales nociones de la metafísica, condenan como absurdos los sistemas científicos de Platon y de Santo Tomás, de Kant y de Krause.

¡La filosofía no sirve para nada!—exclaman á coro todos los que no saben qué cosa es filosofía. Imitando las palabras evangélicas, sólo debía contestarse á tales exclamaciones, diciendo en són de súplica:—¡Perdonadlos, Dios de la verdad, porque no saben lo que dicen!

No saben lo que dicen, pues el valor de toda obra humana sólo puede apreciarse en relacion á la primera verdad racionalmente conocida, que es la verdad filosófica.

No saben lo que dicen, pues si la razon humana no sirve para encontrar una primera verdad, fundamento de todo juicio racional, imposible sería encontrar la certeza en ninguna ciencia segunda.

No saben lo que dicen, pues los que niegan la verdad de la ciencia filosófica, siguen tambien un sistema filosófico há mucho tiempo conocido. Siguen las banderas del escepticismo, pero son escepticos *inconscientes*, y por esto hemos dicho: ¡Perdonadlos, Dios de la verdad, porque no saben lo que dicen!

Y no se juzguen inoportunas las reflexiones que

antecedentes en la ocasión presente, en que vamos á tratar de un libro en cuya portada se lee: *Nociones del arte militar*, por el capitán D. Francisco Villamartin. El primer mérito que avalora el tratado didáctico cuyo modesto título acabamos de transcribir, es su tendencia filosófica, la intuición científica de su autor, que al través de las varias manifestaciones de esa lucha entre las colectividades humanas, que lleva el nombre de guerra, buscaba siempre la afirmación de principios permanentes y eternos superiores al continuo mudar de los hechos históricos.

Esa tendencia filosófica del poderoso ingenio de Villamartin se revela desde las primeras páginas de su notable libro, donde comienza señalando con gran tino la suma dificultad que existe para definir exactamente, pues «toda la ciencia humana no se reduce á otra cosa sino á definir,» y al terminar su obra escribe estas notables consideraciones: «Más que el estudio concreto del arte militar, hemos querido hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo. Estamos muy léjos de sospechar siquiera que nuestro deseo se ha realizado, pero abrigamos el convencimiento de que este es el único medio de analizar la guerra, que no puede ser en historia un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de una serie lógica, natural y precisa que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre, hasta que se encarna en las leyes, en la educación, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo.»

### III.

FRAGMENTOS DEL JUICIO APOLOGÉTICO DE D. ANTONIO VALLECILLO ACERCA DE LAS «NOCIONES DEL ARTE MILITAR» DE VILLAMARTIN.

El decano de nuestros escritores militares contemporáneos, D. Antonio Vallecillo, en un artículo que se insertó en los números de *El Espíritu Público* correspondientes á los días 29 y 30 de Setiembre de 1864, tributó grandes elogios al libro de Villamartin, exclamando en un momento de generoso entusiasmo:

«¡Saludemos hoy, comenzando así á honrar en vida á nuestros ingenios esclarecidos, el nombre de Villamartin, que pronto será contado, y sin temor de equivocarme lo digo, entre los más ilustres pensadores! ¡Saludemos al autor originalísimo, cuya obra, única en su género, tan necesaria ha de ser al militar como provechosa al político, porque así éste como aquél, igual utilidad han de sacar de ella para la patria y aún para sí mismos!

»No desdeñemos, pues, perseverando en nuestros hábitos de abandono, al primero que en metó-

dico y ordenado cuerpo de doctrina dice á la sociedad en general que «Napoleon I, militarmente considerado, fué la última individualidad de otros siglos (ó como si dijéramos, los del feudalismo), y que en consecuencia, la guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanzamos, los príncipes, sino los pueblos.»

»No al que nos advierte que la primera exigencia estratégica que hay que satisfacer es la sanción para la guerra de la opinión pública.

»No al que anunciando, por tales antecedentes, una nueva forma de guerra, añade, «porque los pueblos de hoy, tomando parte en la cosa pública, discuten el derecho de las causas, y dan su apoyo ó interponen su veto; y para satisfacer estas nuevas necesidades de la guerra moderna, se hace preciso estudiar y aliar las instituciones militares con las políticas, referir á un solo principio el esfuerzo comun de las fuerzas del ejército y los poderes de la sociedad, y fijar la armonía entre el sistema militar de un país y el social de su ejército.»

»No al que hablando del espíritu público, de ese señor del mundo, se expresa de este modo: «Examinemos los movimientos y maniobras que precedieron á Bailén, Albuera, Talavera y Vitoria; examinemos los del grande ejército ántes de Moscow, Dresde y Waterlóo: con estos mismos medios se había vencido cuatro años ántes á ejércitos mejores: ¿por qué entónces no se venció? Porque un elemento nuevo tomaba parte en las batallas, y cambiaba la esencia y forma de la guerra, el espíritu público dentro de las filas y el pueblo fuera de ellas. Abrámosle paso, que él es bueno en el ataque, porque va con el ejército, y magnífico en la defensa, porque está en el territorio; y si no le queremos abrir paso, él penetrará y conmoverá todo; y si nos obstinamos en buscar nuestros modelos en los tiempos de Federico, en hacer la guerra sin cuidarnos de ese elemento nuevo, en organizar nuestros batallones sin darle participación, no extrañemos el ser magníficamente derrotados con toda nuestra ciencia y nuestros soberbios métodos á la francesa, austriaca ó prusiana.»

»No desdeñemos al que, describiendo esta presente época y filosofando sobre ella, dice con tanto sentimiento como verdad y novedad:

«Pues bien, la guerra, que de todas las artes se sirve y cambia de ser con los tiempos y las naciones, lleva hoy también el sello de ese espíritu del siglo (la celeridad). En las armas han querido suprimir el espacio, y en los movimientos el tiempo: ya la pólvora es lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa que la aventaje: la marcha de los proyectiles es corta y poco precisa; es necesario que la bala llegue mucho más léjos y dé en el blanco exactamente: el tiempo de la carga es un tiempo pre-

cioso perdido para la muerte, y se necesitan fusiles que disparen al compás que oscila la péndola del reloj. Ya no se le dice al general *vence*, sino *vence hoy mismo*; ni al soldado *marcha*, sino *llega, lucha*, que tu pueblo impaciente espera, y desde la prensa y la tribuna te dice con enojo que tardas.»

»No al que nos demuestra y enseña que «la lentitud táctica (según el sentido en que de ella se ocupa) trae la estratégica, tan en oposición con el espíritu del siglo, con las necesidades políticas de los pueblos modernos y con la moral de la guerra en nuestro tiempo, que exigen victorias prontas y decisivas, ó la paz á cualquier precio, porque el crédito, esa cadena de oro que une á todas las naciones, se rompe, y porque nuestra generacion quiere resolver en un dia el problema de muchas edades.»

»Al contrario, pues, saludemos al que, fundando el nuevo *Arte* en hechos significativos y repetidos, inapreciados hasta el presente por unos y atribuidos á la casualidad por otros, nos los dá á conocer como necesarios resultados de la aplicacion á la guerra del espíritu del siglo, para que, puesto en armonía el pueblo con el ejército, pueda aquel como único motor, y sea esto dicho en el mejor sentido de la palabra, dar el impulso proporcionado á sus deseos y á sus medios, y operar este desembarazadamente con la eficacia adecuada al impulso que para su accion, de su motor único reciba.»

#### IV.

INDICACION DE LOS DOS PROCEDIMIENTOS QUE EXISTEN PARA AVALORAR EL MÉRITO DE LAS OBRAS CIENTÍFICAS.

Después de leídos los párrafos del artículo del Sr. Vallecillo que acabamos de transcribir, cabe preguntar: ¿Son hijos del irreflexivo entusiasmo ó de la meditada reflexion los elogios que hace del libro de Villamartin el ilustrado autor de los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas Militares*? Para responder á esta pregunta se podrían seguir dos métodos. Sería el uno exponer los principios generales, *el plan* á que debe sujetarse un tratado del arte militar en esta segunda mitad del siglo XIX, y ver hasta qué punto el libro del comandante Villamartin se ajusta á las exigencias de las teorías didácticas, que hoy la ciencia acepta como verdaderas.

Este sistema de crítica tiene el grave inconveniente de que las teorías, *el criterio* á que se somete el examen del libro, quizá pueda estar más ó ménos influido por las opiniones personales del crítico; opiniones personales que acaso no siempre estarán de acuerdo con la última palabra de verdad científica.

Cabe también examinar el valor de una obra didáctica en relacion á las que mayor fama gozan en el género á que ella pertenece; y este segundo sistema es el que vamos á seguir en la ocasion presente.

Nosotros hemos leído con asidua atencion las *Memoires militaires et politiques* (Paris, 1801), del general inglés Lloyd; las *Consideraciones sobre el arte de la guerra* (Madrid, 1827), del baron de Rogniat, traducidas y anotadas por D. Juan de la Carte; el *Compendio del arte de la guerra* (Madrid, 1840), del célebre Jomini, traducido al castellano por una seccion de jefes del cuerpo de E. M.; el *Esprit des institutions militaires* (Paris, 1845), del mariscal Marmont; la *Teoría de la gran guerra* (Barcelona, 1850), del alemán Willisen, traducida por el teniente coronel D. Ambrosio Garcés de Marsilla; los *Elementos da arte militar* (Lisboa, 1864), del portugués D. Luis da Camara Leme; y los tratados de Jacquinet de Presle, La-Pierre y Rocquancourt; nosotros hemos leído estos y algunos otros libros, en todos los cuales se trata de resumir en breve espacio los principios y teorías fundamentales del arte de la guerra, y según nuestro juicio que no pretendemos que sea infalible, pero sí maduramente meditado, las *Nociones del arte militar* del comandante D. Francisco Villamartin aventajan á todos los tratados que acabamos de indicar, tanto por la profundidad de las ideas que en sus páginas se desenvuelven, cuanto por el espíritu ámpliamente progresivo de la mayor parte de las apreciaciones que allí se formulan acerca de la política y de la vida de la sociedad contemporánea.

No conocemos más que por extractos y artículos críticos la célebre obra póstuma del general Clausewitz, titulada *De la guerra*, y por lo tanto no podemos examinar su valor científico en relacion con el libro de que ahora tratamos; pero sabida es la tendencia escéptica del autor prusiano, que comienza afirmando: «que la guerra no es, hablando con propiedad, ni un arte, ni una ciencia, sino tan solo un *hecho* de la actividad humana:» deduce lógicamente de esta premisa: «que la enseñanza de la guerra es imposible,» y sin embargo, escribe un libro para *enseñar* el arte de la guerra.

Esta contradiccion fundamental basta para comprender la falsa direccion del pensamiento de Clausewitz, y teniendo además en cuenta la circunstancia de que la muerte sorprendió á este autor en el cólera de 1831 sin que pudiese terminar su tratado de arte militar, por lo cual sólo han visto la luz pública los seis primeros libros de que se había de componer su estrategia y un fragmento de su *Guta para los combates*, no nos parece aventurado afirmar, que el examen comparativo entre las *Nociones del arte militar* de Villamartin y la parte publicada de

la obra de Clausewitz no podría dar desfavorable resultado para el escritor español.

En resumen, sin dejarnos llevar por las exageraciones del amor propio nacional, creemos que fría y desapasionadamente podemos decir que, entre los tratados del arte de la guerra que han visto la luz pública en lo que va corrido del siglo XIX, sin excluir los que llevan en su portada los preclaros nombres de Lloyd, Jomini, Willisin, Marmont y Clausewitz, debe ocupar un puesto de preferencia las *Nociones del arte militar* de nuestro compatriota el comandante de infantería D. Francisco Villamartin.

## V.

EXPOSICION DE LAS PRINCIPALES IDEAS CONTENIDAS EN EL FOLLETO DE D. FRANCISCO VILLAMARTIN, TITULADO «NAPOLEON III Y LA ACADEMIA DE CIENCIAS.»

En el año de 1864 se publicó en Madrid un folleto en cuya portada se leía: *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, por el capitán de infantería don Francisco Villamartin, cuyo folleto comenzaba de esta suerte: «Hace pocos días que el telégrafo nos ha trasmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da, carece, á nuestro juicio, de fuerza y de razon, ó ha sido mal interpretada por las correspondencias de Paris. La Academia de Francia, por una mayoría de 34 votos contra 14, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe, y se ha privado de contar entre sus miembros al Emperador, que, segun se dice, hubiera ingresado en esa sala. Desconocemos la estructura que tiene la Academia... y los intereses y preocupaciones que alberga en su seno; intereses y preocupaciones que, forzoso es decirlo, influyen en toda corporacion por ilustre y por independiente que sea... Aun prescindiendo de esto, puede ser que la Academia de Francia tenga poderosos motivos para no acceder á lo propuesto por Napoleon III: sin duda, la ciencia militar no debe contarse en el grupo de conocimientos de ese instituto, ó tal vez no se considere la sabiduría del Emperador, y esto sería extraño, á la altura de la de un académico. No nos toca discurrir acerca de estos motivos, ni pretendemos ser medidores de talentos ajenos; pero si es cierto que el dictámen de los 34 se funda en que no existe la ciencia militar, á riesgo de que se nos tache de pretenciosos y atrevidos y se nos considere como rebeldes á la autoridad de que reviste sus juicios una Asamblea de sabios, queremos decidir por nosotros mismos, si hay en el saber humano algun orden de ideas, alguna serie de principios fijos que pueda y deba llamarse ciencia militar.»

Despues de algunas otras consideraciones, para

resolver el problema propuesto, Villamartin discurría en la forma siguiente:

«La causa primera de todo lo que existe no se halla sometida á la inspeccion del hombre. La segunda causa, el *alfa*, el axioma de la razon ó del sentimiento, y permitase este consorcio de ideas, cada fenómeno físico ó psicológico, cada rayo de luz que atraviesa el caos del saber humano, eso es un *principio*. ¿Y qué es la ciencia? Es el movimiento de las cosas por principios, dicen unos: el desarrollo de un principio, dicen otros: la investigacion de las propiedades y funciones de todo lo que existe; la fórmula de una ley de la creacion; una de las irradiaciones de la Inteligencia infinita, decimos nosotros. Allí donde aparece un hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre; allí donde se verifica un fenómeno natural ó moral cuyo génesis no ven la inteligencia y la voluntad humana, allí está el principio, de allí parte una ciencia, facta de ese inmenso brillante que se llama *filosofía*. Si se desciende algo más... si se quieren satisfacer las necesidades humanas valiéndose del movimiento de un principio ó de la ley de un fenómeno natural—ese es el *arte*; porque el hombre primero ve con asombro, luego contempla con análisis, despues compone por la síntesis, y, por último, imita y utiliza en beneficio suyo las fuerzas de la naturaleza.»

Pasa despues Villamartin á indicar la division fundamental de la ciencia, que, segun su juicio, se divide en *Teología*, ciencia de las causas creadoras; *Cosmología*, ciencia del mundo, y *Antropología*, ciencia del hombre. Presenta despues varias de las subdivisiones necesarias de estas ciencias fundamentales, y llegando al grupo que forman las ciencias morales y politicas, dice: «Y aquí es donde nos debemos detener, porque en este grupo es donde se hallan la *legislacion* y la *guerra*;» y para aclarar este concepto, así como el de la relacion entre la ciencia y el arte, despues de algunas consideraciones generales, escribe lo siguiente:

«Cuando el jurisperito se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituido, á la aplicacion de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Cuando discute acerca de la pena de muerte, discute un principio científico; cuando, dado el Código de enjuiciamiento y el penal, quiere aplicarlo á un caso concreto, está en el arte.»

Tratando despues Villamartin de explicar el concepto de la ciencia política (para llegar por este camino á la ciencia de la guerra), señala su relacion con la jurisprudencia, diciendo lo siguiente:

«Semejante es en su fundamento la Política, y muy enlazada con esta ciencia (la jurisprudencia). Su principio determinante es la sociedad, como hecho preexistente y necesario: su desarrollo es el

estudio de las relaciones sociales en su manifestación pública; y su fin es investigar lo útil y lo justo en la armonía de esas relaciones, y de acuerdo con la legislación... Pues bien: en este grupo nebuloso; en ese oscuro fondo del saber humano; ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la *ciencia militar*. Veamos si corresponde esta palabra á lo que por ciencia han entendido todos los filósofos.

.....  
 .....  
 »La guerra es un fenómeno natural á la vez que social: aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y llega á su apogeo en la nación; continuando así la marcha misma de la sociedad, sometida á la indeclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser de los pueblos; es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la consecuencia de un principio del *Cosmos*. Por lo que afecta á la materia, es una ley de la creación; uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma; suprimidla, y el equilibrio desaparece, porque habreis suprimido uno de los medios de eso que se llama *destrucción*, y todos están contados para compensarlos con las fuerzas creadoras. Por lo que afecta á la sociedad, es una ley moral; suprimidla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habreis suprimido el flujo y reflujo del Océano político, la compensación de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad... Los que creen en la paz perpétua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del universo por la compensación y la lucha de ellos... La guerra es ruda; es violenta, es superior al hombre; ¿y qué no lo es? Suprimid los tormentos, las enfermedades, el calor del estío y los hielos del invierno; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y habreis levantado otro mundo con otra síntesis... El conocimiento de la ley á que obedece ese fenómeno material y social, si no es ciencia, ¿qué es? Y por otra parte, el estudio del agente visible de esa fuerza... el ejército considerado en sí mismo como hecho coexistente con la guerra; la ley de su composición y el análisis de su poder, ¿no es también una parte de esa ciencia? ¿No es el desarrollo de un principio, la observación de un fenómeno, una eslabonada serie de verdades filosóficas? Por eso no hay profundo pensador que de guerra haya escrito que no use las palabras de *filosofía de la guerra*, *metafísica de la guerra*, *principios de la guerra*, *ciencia militar*, y otras que alejan de sí la idea de arte.

»Cuando se hace funcionar al ejército según su organización accidental; cuando se da la batalla, se verifica la conquista ó se lleva á cabo la expedición, esto es arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte; mas cuando se legisla para el ejército ó para la guerra; cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso á paso, con la historia por guía, y se estudia la relación entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una serie de principios fijos, unos observados y otros presentidos por la razón humana.»

LUIS VIDART.

(Continuará.)

## APUNTES CRÍTICOS.

¿Qué acontecimientos literarios ó científicos nos reservan los tiempos para que demos comienzo á nuestra tarea crítica?

El otoño, la estación suave y melancólica que apaga los ardores del estío, llama á nuestros hombres de letras que, alejados y dispersos, paseaban no há mucho sus miradas por la tersa superficie del Mediterráneo, ó las sumían en los cuadros tempestuosos del Océano.

Cargados de recuerdos y de fresca inspiración, tornan á este ruidoso centro, los poetas para describirnos los bellos espectáculos en que há poco se extasiaban, los eruditos para comunicarnos alguno de sus peregrinos inventos, los filósofos para ofrecernos el fruto de sus silenciosas meditaciones.

El deseado retorno de la sociedad selecta puede decirse que se ha efectuado casi totalmente. Pero hasta ahora, aunque exista entre nosotros infusión de ideas y proyectos, y se vean flotando por la atmósfera señales ciertas de un porvenir venturoso para las letras, es lo cierto que nada ó muy poco ha tomado forma.

Abren sus puertas en estos instantes los centros científicos y literarios; acuden los poetas con sus obras al teatro para someterlas al fallo, torpe muchas veces, pero inapelable del empresario; anuncianse tomos de poesías, novelas, traducciones de filósofos, discusiones interesantes, etc., etc.

Estamos leyendo el gran prólogo de las obras del año próximo.

Mientras tanta risueña esperanza se realiza, permítasenos dedicar algunas palabras á las escasas publicaciones que en estos días hemos recibido.

\*\*\*

*Rolla*, el bellissimo poema de Alfredo de Musset, el desgarrador epílogo del drama de la licencia, ha

sido traducido en verso castellano por D. Angel R. Chaves.

¡Lástima que el Sr. Chaves no haya sabido hacerse digno intérprete de una de las más hermosas obras del gran poeta francés! ¡Lástima que los lectores españoles no puedan gustar todas las delicias y todos los encantos que se encierran en un número tan corto de páginas!

Harémosle justicia, no obstante, observando que las versiones en verso son por extremo difíciles y delicadas, y exigen de parte del traductor una asimilación, poco frecuente por desgracia, de los sentimientos que inspiran y animan al poeta. *Aun* con esto, pudiera exigirse al Sr. Chaves mayor facilidad en la versión, mejor gusto en las imágenes que añada al original y más concisión al expresar los rasgos salientes del poema.

El drama del Sr. Vidart, titulado *Cuestion de amores*, es otra de las obras que han salido á luz recientemente.

El conocido escritor militar nos da con él una prueba más de su ingenio y de su gusto. Reconocidas todas las dificultades que encierra el drama en prosa, diremos que el del Sr. Vidart reúne cualidades poco comunes, por el tejido sencillo é interesante del argumento, por la animación del diálogo (cosa que échábamos de ménos en el primero que dió á luz con el título de *Pena sin culpa*) y por su dición correcta y fácil. Advertirémosle, sin embargo, que no son caracteres dramáticos los forjados exclusivamente en las fraguas de la perversión, del cinismo ó de la audacia, como el Mejía de su obra, almas sin calor, y que por lo mismo no pueden producir el movimiento. Fáciles son de concebir y hasta de admirar en la escena caracteres que ejecuten crímenes mil veces más horrendos que los que el Sr. Vidart achaca al suyo, pero siempre bajo un supuesto, el de que se muevan y obren por pasión. Los perversos vulgares no merecen el honor de pisar el escenario. También acusan algunas escenas falta de experiencia y conocimiento escénico por parte del autor, pero al propio tiempo nos complacemos en consignar que el señor Vidart ha progresado grandemente en este su último drama.

Pueda el ilustrado autor de tantas y tan estimables obras seguir progresando de este modo, y no dude que alcanzará en el teatro muchos y merecidos lauros.

Hemos recibido con estas producciones el último de los tomos publicados por D. Francisco Lastres sobre Jurisprudencia popular. Se estudian en él todas las relaciones jurídicas comprendidas en la *patria potestad*, y, como los anteriores, cumple muy bien por su exposición clara y metódica la modesta misión de popularizar el derecho civil.

Todavía tenemos que enterar á nuestros lectores de la traducción en prosa del *Année terrible* de Víctor Hugo, que acaba de publicar el Sr. D. Mariano Blanch. Los muchos perdones que el traductor pide al público en la advertencia que la precede no son bastante á dispensarle las innumerables incorrecciones de su versión.

\*\*\*

Con dolorosa sorpresa hemos registrado los discursos académicos pronunciados este año en la solemne apertura de nuestros institutos literarios. Cuando esperábamos ser testigos de meritorios esfuerzos por parte del profesorado español para despertar la ciencia en nuestra patria del pasmo ó suspensión en que se encuentra; cuando pensábamos dar sabroso sustento á nuestra inteligencia con sábias y profundas indagaciones sobre algunos de los infinitos problemas que hoy se ofrecen al científico, recibimos el cruel desengaño de recorrer sermones indigestos ó diatribas descompuestas contra los últimos y más importantes progresos de la cultura humana.

No es claro ni fácil de explicar lo que aquí acontece. Mientras el desenvolvimiento de las ideas y el aumento de horizontes se efectúa con pasmosa celeridad en todas las naciones europeas, satisfacen algunos de nuestros profesores su pueril orgullo en salpicar de lodo la noble faz de la filosofía contemporánea.

El profesor de la universidad de Barcelona don Cayetano Vidal y Valenciano, despues de disertar segun Dios le da á entender sobre el «concepto, extensión y relaciones de la Geografía,» desata sus iras contra la *Cosmografía*, la *Geología*, la *Biología*, la *Paleontología*, la *Antropología* y la *Etnología*, atribuyéndolas no sabemos cuántos absurdos y liviandades, y terminando por calificarlas de rebeldes, infatuadas, delirantes, y otros adjetivos no ménos sonoros y gratos.

No recogeremos ninguna de las afirmaciones del erudito cuanto irritado catedrático, porque nada interesante podríamos ofrecer con ello á nuestros lectores. Todo el discurso gira en los estrechos límites de un criterio exclusivamente tradicionalista, lo cual revela que el autor, ó se halla afiliado sistemáticamente á cierto linaje de ideas, ó no se ha tomado el trabajo de estudiar las ciencias que maltrata.

D. Francisco Javier Simonet, catedrático de árabe en la Universidad de Granada, adopta por tema de su discurso la biografía del teólogo Suarez, y con tal motivo no deja de aplicar una buena dosis de disciplina á los funestos progresos de la época moderna, titulando á los filósofos del día sofistas, pedantes y eruditos á la violeta, y haciendo un aca-

bado panegírico de la Compañía de Jesús. En Andalucía se respiran, pues, los mismos aires que en Cataluña, y el Sr. Simonet pone cuanto está de su parte por *acreditarnos* ante los ojos del mundo civilizado.

Otros catedráticos prefieren hacer leña del krausismo, acaso porque es la que hoy calienta más, y no sólo niegan todo valor científico á la escuela, sino que se entretienen seriamente en discutir el mérito de sus miembros.

Hasta el doctor D. José Saenz Navarrete, director del colegio del Rasillo de Cameros, quiere traer á la barra (son sus palabras) al sistema de Krause. Y sin duda para darle con ella en la cabeza, porque despues de una exposicion, todo lo infiel que es posible, de los principios de la escuela, la dedica una docena de reflexiones y exclamaciones destinadas á dar por tierra con todo el racionalismo contemporáneo. Tales reflexiones no pasan en filosofía de la primera enseñanza.

Admirados nos trae, y mucho, el que nuestro digno profesorado escarnezca hasta tal punto lo que es actualmente en todas partes tan respetable y respetado, sobre todo si llevamos la memoria á los notabilísimos trabajos leídos en años anteriores. Tal vez se resuelva la dificultad teniendo presente que hoy prepondera en los claustros universitarios lo que ayer estaba arrinconado por viejo y enmohecido (1).

\*\*\*

La novedad intelectual de más nota que podemos apreciar en esta crónica es la inauguracion de la Institucion libre de enseñanza celebrada el 29 del pasado mes.

El nuevo centro docente se mostró á los que tuvimos el gusto de asistir á su apertura, como testimonio irrefragable del triunfo de las nuevas ideas. Las sólidas bases sobre que descansa y el vigor y lozanía que este Instituto manifiesta, hacen presagiar en él uno de los focos de luz más poderosos que tendrá nuestra oscurecida nacion. Brillante y conmovedor era el espectáculo que ofrecían sus modestos salones la tarde del 29. Los allí congregados, ilustres y encanecidos profesores, patricios eminentes y conocidos literatos, daban al acto una importancia y una solemnidad que contrastaba notablemente con la sencillez del adorno y decorado. Confesamos, sin embargo, que nuestros ojos se dirigian con interes más vivo hácia aquella multitud de jóvenes que á nuestro lado se apretaban para escuchar y aprobar con insinuantes gestos las frases atildadas, pero entusiastas, del discurso del Sr. Fi-

guerola. Allá en lo profundo del corazon sentiamos estremecimientos de inefable alegría al reparar aquellas juveniles frentes preocupadas por el culto generoso de la ciencia. Algo nos estaba diciendo que en aquellas cabezas germinaba un porvenir. Nuestra patria demanda una renovacion con premiosa urgencia, y la solicita de quien puede dársela, de la juventud estudiosa.

Si ha existido alguna época en que fuese necesario el concurso de los hombres de letras y el culto de la ciencia para reformar y regenerar un país, es seguramente la que estamos atravesando. Apagado el entusiasmo que en tiempos anteriores despertaran objetos que ya no satisfacen ó ideales desterrados de la vida, menguada la fe y oscurecidos los principios, precipitase nuestra sociedad por las sendas tenebrosas del escepticismo y de la duda. Esta duda no señala por desdicha estados provisionales del pensamiento, concentracion de las fuerzas del espíritu para acometer con más denuedo la investigacion de la verdad, sino condiciones permanentes de una sociedad carcomida y vetusta. Erigida la duda en principio, no deja de manifestarse muy pronto en el hecho por una merma escandalosa de la moralidad y un rebajamiento de caracteres insostenible por más tiempo. La ignorancia nos ahoga y nos humilla. Es la rémora más formidable que se opone al perfeccionamiento de nuestras formas políticas.

Así lo hizo constar el Sr. Figuerola, cuyo discurso viene á representar una protesta enérgica, pero cortés y mesurada, contra los excesos de la ignorancia de abajo y de arriba. Al docto profesor le pesan como losa de plomo los ochenta de los ciento que no saben leer y escribir. A nosotros nos pesan aún más los diez y nueve de esos veinte cuya incipiente ilustracion les sirve para aupar y no para contribuir á la mejora de su patria.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.\*

### *Reseña biografico-bibliográfica.*

ALDAMA.—No sabemos el pueblo en que vió la luz el Sr. D. José Agustín Aldama y Guevara, presbítero muy distinguido y que desempeñó varios curatos en el arzobispado de Méjico en el siglo anterior.

Escribió un *Arte de la lengua mexicana*, cuya obra está impresa en la imprenta nueva de la Biblioteca mexicana, frente al convento de San Agustín: año de 1754.

(1) Para el exámen y juicio crítico del discurso del profesor de la Universidad Central Sr. Gutierrez, puede verse el concienzudo estudio que acerca de él ha publicado el Sr. Azcárate en la *Revista de España*.

\* Véase el número anterior, pág. 572.

En el *Prólogo al que intenta aprender esta lengua*, dice el autor ser su libro «compendio propio y puro de las Gramáticas de la lengua mexicana que compusieron los RR. PP. Molina, Avila, Rincon, Betancurt, Horacio Carocho, Galdo, Perez y D. Antonio Vazquez Gaztelú.»

Declara asimismo Aldama que el útil y bello *tratado de los adverbios*, se debe casi exclusivamente al P. Horacio Carocho, que ha sido el primero en tratar ese punto concienzudamente.

Tiene la singularidad el libro de Aldama de no hallarse numerado. Es de buena impresion.

Sobre el mérito de la obra, dejamos la palabra á uno de los calificadores, en cuyo informe se leen estos significativos conceptos: «Es un trabajo desempeñado con verdad, y en que se hallan expuestas las reglas gramaticales con admirable claridad, copia y método.»

Otro se expresa de esta manera:

«Es sin duda *Arte de artes*, en lo puntual, conciso, claro, comprensivo y metódico.»

Composicion de este literato es el *Alabado* en mejicano que copio á continuacion:

#### ALABADO.

Má cenca yectenualo  
 Dios Tetatzin, Dios Ipiltzin,  
 Dios espíritu Semtotzin,  
 Çaz cé Teolt imeixtintzitzin.  
 Ma huel cencá icnelilmacho,  
 Tèica ca techmochihuili,  
 Çammach téhmocnelilia,  
 Mochipa techmocnottili.  
 Má nó cemmahuiztililo  
 In ilhuicac Tlaxcaltzintli,  
 In canin eatqui Jesus  
 Nelli Teótl, nelli oquitzintli.  
 Yéhuatzin ómochinhtzino  
 In tonocayocapótzin,  
 Inic téhmomaquixtiliz  
 Ica itlaçotlapallotzin.  
 Çan ic ipampa itictzinco  
 In huel ichpocheihnápilli  
 Toyeco totlalnacayo  
 Dios Ipiltzin quimocuili.  
 Yehuatzin in qualin tlacá  
 Ilhuicatl quimmomaquiliz  
 Çan icuepca in ámo qualin  
 In micllan quimmotlaxiliz.  
 Huel yuh commati in toyollo,  
 Yuh tictoneltoquitia:  
 Auh ipampa in totlatlacol  
 Huel cencá titomauhtia.  
 Queumach tolhuil tomacehual  
 Ilhuicac papaquiliztli?  
 Ca çan iyo huel tocnópil  
 Cemiac tlayohuiliztli.  
 Ic impampa, in te Mariatzin,  
 Timitztotzatzililia:  
 Má topán ximotlatolti,  
 Ic cempaquiz toyolia.  
 Intlacamo huel Tehuatzin  
 Titechonmopalehuiliz,  
 Quen titlacá? Ca çá melli

Mochi Tlacatl cempolihuiz.  
 Timopilhuam, Titonantzin;  
 Anca yuh timohuelcaquiltitzinoz.  
 In toteienotlatlauhtiliz.  
 Auh in ye tomiquilizpan,  
 In Totocnohuacánantzin,  
 Xicmanili momatzinco  
 Ximocuili in tanimantzin.

MA IN MOCHIHUA.

ANUNCIACION. El nombre de Fr. Domingo de la Anunciacion es muy citado por la mayor parte de los autores que, sobre cualquier materia, han escrito en lengua mejicana, á causa de su pericia.

Nació en la villa de Fuenteovejuna (Múrcia) en el año 1510, y su apellido de familia era Ecija. Su padre, Hernando de Ecija, tenia cuatro hijos; mas notando en Juan Domingo mayor ingenio, le tuvo particular predileccion y se esmeró en educarle cuanto era dable en su localidad.

Encontrábase en la adolescencia cuando ocurrió la muerte del autor de sus dias, y habiendo determinado otro hermano pasar al nuevo mundo, Domingo se decidió á ir en su compañía. Tenia á la sazón 18 años de edad.

Poco tiempo despues de su llegada á Méjico, entró de novicio en el convento de franciscanos de esa ciudad, y en 1534 hizo su profesion, donde estudió con empeño, siendo su maestro el célebre doctor Bustamante.

Hechos sus estudios y recibidas las órdenes eclesiásticas, «luégo, dice el obispo Dávila y Padilla, le dieron cargo de indios mexicanos, con quienes trabajó algunos años, poniendo un especial cuidado en aprender la lengua, con que salió tan aprovechadamente que luégo la enseñó á muchos, y escribió en en ella la *Doctrina cristiana* y otras muchas cosas, especialmente *Materias predicables* que, aun en el dia de hoy, aprovechan á muchos, y se imprimieron en México el año de 1545. El estilo que tenia, á los principios, era escribir su razonamiento ó plática en lengua castellana, y luégo un buen intérprete la iba volviendo cuidadosamente, cláusula por cláusula, en lengua mexicana, y él la tomaba de memoria para predicar á los indios.»

Hasta aquí Dávila en su *Historia de Santiago de Méjico*. La importancia de tal trabajo es bien clara.

Este misionero desempeñó delicados cargos en diferentes conventos de su orden, con sumo acierto.

ALCÁZAR. Fr. Juan de Alcázar vió la luz primera en Caleruega, provincia de Búrgos.

En su pueblo se instruyó en primeras letras y en la lengua latina; mas habiendo muerto su padre, fué á Méjico al lado de un tio que allí tenia: contaba entónces 17 años.

Estudió en la Universidad de Méjico algunas materias y luégo se hizo novicio en el convento de

Santo Domingo de dicha capital, ordenándose á poco tiempo de yá profeso.

Consigna un cronista que Alcázar era muy erudito en las lenguas mejicana y zapoteca, y que predicaba en ambas continuamente *con propiedad y elegancia* (palabras del mismo).

Compuso *Doctrina cristiana en lengua zapoteca*, con equivalencia latina.

Floreció á mediados del siglo XVI y principios del siguiente.

Murió en Méjico en 1563.

ARENAS. D. Pedro Arenas, español. Fué muy jóven á Méjico, donde se dedicó al comercio, segun él mismo dice en el prólogo de su obra.

Escribió un «*Vocabulario manual de las lenguas mexicana y castellana*, en que se contienen las preguntas y respuestas más comunes y ordinarias que se suelen ofrecer en el trato y comunicacion entre españoles é indios.»

«Impreso con las licencias y aprobacion necesarias: en México en la imprenta de Henrico Martínez.»

Tomo en 8.º de 283 páginas de buena impresion.

El libro no dice, en la portada, el año; pero la licencia dada por el virey de Nueva-España, marqués de Salinas, está fechada «en México á los veintin dias del mes de Enero de 1614 años.»

Dada órden por el Virey á Fr. Juan de Torquemada (el famoso autor de la *Monarquía indiana*) para que revisase la obra, dictamina éste que es de mucha utilidad, porque en breve tiempo sabrán los que le manejan lo más importante para entender y hacerse entender de los indios.

Y esta fué la idèa del autor; por eso no es, como otros Vocabularios, una exposicion alfabética de las voces con la correspondencia en otro idioma; otro es su género.

El libro de Arenas es un *Manual de la conversacion*, como los actualmente tan usados en todos los idiomas, y quizá á ese respecto *haya sido el primero*.

Está dividido por asuntos; lo que debe decirse y contestar al visitar á los enfermos, al preguntar la direccion y demas en los caminos; al comprar y vender diferentes objetos, como aves, caballos, verduras, etc. (1).

(1) En comprobacion de este aserto, permítaseme copiar algunas frases de tan curiosa obra.

Xiquitta ahgo itlá motech monequi: traduccion: (Mira si has menester algo).

Macámo ximomamati in nohuicpa: (No seas corto para conmigo).

Ca mochipa notechpa tiquittaz in tlein: (Siempre me hallarás para lo que hubieres menester.)

Cenca niclagoacamati in tlein no pampa oticchiuh: (En mucho estimó lo que por mí hiciste.)

Ahmo niemati iquin huel, nihuelitiz nimitztlaxtlahuiliz: (No sé cuando podré pagarte.)

Mochi in notlatqui icca in tlein ticnequitz: (Toda mi hacienda está á tu mandar.)

Cuenta el autor que se decidió á componer dicha obrita en esa forma porque veía que todos los recién llegados tropezaban con grandes dificultades para expresarse en mejicano, aunque comprasen Vocabulario comun (como á él mismo le ocurrió) y no todos podian aprender la gramática por principios. Por eso, dice Arenas, cuando ya iba entendiendo el idioma, ideó escribir todas las conversaciones más sencillas con personas que poseian la lengua del país con perfeccion, y que insensiblemente hizo un libro; y como viese que ese trabajo aprovechó y facilitó mucho á otros últimamente llegados de la Península, se decidió á imprimirlo.

Es, pues, un libro utilísimo y no ménos curioso, además de ser ya muy raro.

BAUTISTA (Fray Juan José). Era este misionero natural del mismo vireinato de Méjico, aunque no sabemos el pueblo en que vió la luz; y es sensible que no podamos dar noticias de sus primeros años, estudios y demas, si bien es cierto que hizo los principales en la Universidad de la capital y convento de San Francisco.

Pertenecía á la órden de Franciscanos, y fué guardian del convento de Tetzcuco.

Un cronista apellida á este misionero varon doctísimo, y muchos historiadores dicen que era muy versado en el idioma mejicano, y hombre de buen consejo.

En dicha lengua compuso varias *Representaciones ó Autos*, de correcto y elegante lenguaje, sobre diferentes motivos; pero la composicion maestra, dicen casi todos los cronistas, fué un *Sermon de honras*, pieza considerada como un modelo de literatura anahuat.

Tambien acabó de traducir al mismo idioma *el Kempis*, y compuso *Confesonario para indios*, que alaban muchos por lo exquisito de la frase y el buen método. Se halla impreso en la ciudad de Méjico.

Es tambien de este autor, y muy recomendable, el libro titulado *Pláticas morales de los indios*, obra citada por muchos escritores antiguos.

Este erudito franciscano era muy entendido en la lengua hebrea, y mediante esa circunstancia son de mucho peso las razones que él aduce á fin de probar el origen de la lengua mejicana de las asiáticas.

El *Tulio mejicano*, que por ese nombre se le conocía en aquel tiempo, no se limita, como otros, en sus investigaciones á buscar la analogia de muchas voces de este lenguaje con otras de igual significacion en el idioma hebraico, sino que, poseyendo con perfeccion ambos, hace notar la íntima conexion del segundo con el primero en los modismos, rodeo de la frase y otras particularidades de la construccion de los períodos. Prueba más convincente del parentesco de las dos lenguas que el mismo parecido de los vocablos, cualquiera que él sea, sin desconocer

la grande importancia de la analogía de las voces bien determinada.

BAUTISTA (Fray Juan Bautista Lagunas). Fué fraile franciscano y español, aunque no dice el cronista de qué provincia.

Vivió muchos años como misionero en varios puntos de América, y fué guardian del convento de Mechoacan.

Compuso y dejó impresos el *Arte de la lengua tarasca* y *Catecismo de la doctrina cristiana* en la propia lengua.

Floreció en el último tercio del siglo XVI.

CARRANZA (Fray Diego). Natural del valle del mismo nombre, vino joven á Nueva-España, en el principio del siglo XVI.

Profesó en la órden de predicadores en el convento de Santo Domingo de Méjico, de edad de treinta años.

«Mandáronle, dice un cronista, los prelados á la provincia Zapoteca, y aprendió aquella lengua con curiosidad y cuidado; y no se contentó con saberla, sino que aprendió la de los chontales, predicando y confesando muchos años en esta. Es la tierra de los chontales muy desabrida y la lengua muy bárbara. Este padre fué el primero que puso á los chontales en policia; porque como eran los más bárbaros en lenguaje, lo mostraban tambien en su trato. Él fué el primero que estudió la lengua chontal, y á quien se debe la luz que hubo para que otros la supiesen.»

Compuso *Doctrina cristiana en lengua chontal* y *Vocabulario* de la misma.

Murió en *Teoantepec*, en viaje para Oaxac, por habersele agravado, con las aguas, una dolencia crónica que padecía, en el año de 1560.

ALVARADO. Bien escasas son las noticias que he podido indagar sobre el Padre Francisco Alvarado, misionero dominico que en el siglo XVI floreció en Méjico.

Segun el ilustrísimo obispo Dávila y Padilla en su *Historia de Santiago de Méjico*, Alvarado era español y «compuso é imprimió un *Vocabulario de la lengua mixteca*, dejando además algunos trabajos históricos.»

No cita cuáles sean.

CÓRDOVA (Fray Juan). Ignoro si este misionero era peninsular ó español-americano.

Él vivió muy al principio del siglo XVI en Nueva-España, y fué provincial de varios conventos del vireinato de Méjico.

Compuso é imprimió un *Vocabulario de la lengua zapoteca* con correspondencia castellana.

DÁVILA Y PADILLA (D. Antonio). Era este señor natural de un pueblo de la laguna de Méjico, y en esta ciudad recibió una esmerada educacion.

Segun su hermano, el historiador y obispo Fray Agustín, escribió un *Arte para saber la lengua me-*

*jicana*, la cual dió á luz en la capital del vireinato.

Acerca de esta Gramática dice su señor hermano que «redujo sus elegancias á método de más facilidad y aprovechamiento, que es cosa de importancia para los que traten de aprender aquella lengua.»

Con frases parecidas califica el libro de Dávila y Padilla otro escritor contemporáneo.

Carecemos de noticias biográficas del autor.

DÁVILA Y PADILLA (Fr. Agustín). Era mejicano: tomó el hábito de franciscanos en 1579. Escribió en mejicano la *Historia de la conquista*; relacion, dice un cronista, muy circunstanciada y de gran mérito literario. Se tradujo al español.

Murió en 1604.

ALVA. No me ha sido posible indagar la patria del Sr. D. Bartolomé de Alva, si bien me inclino á creer fuese mejicano.

Fué presbítero y catedrático de lengua mejicana en la Universidad de Méjico.

Estuvo considerado como uno de los más puros hablistas del idioma anahuat, y se le deben algunos libros en esa lengua; siendo el titulado *Pláticas doctrinales*, en mejicano con correspondencia castellana, el más notable. Son tambien estimables los *Sermones* en ese lenguaje, mas parece que escribió otros libros.

Carezco de más datos sobre este autor, que muchos citan como notabilidad en dicho idioma.

CASTILLO. Fray Pedro Castillo fué natural del valle de Guriezo, hijo de pobres labradores. Despues de aprender las primeras letras, entró novicio en el convento de frailes franciscanos de la villa de Almazan, en la provincia de Soria. Allí hizo sus estudios de humanidades y teología, y profesó en dicho monasterio, destinándosele á misionero para el Nuevo Mundo despues de ordenado.

Desembarcó en Veracruz, y despues de haber aprendido el idioma mejicano, recorrió varias provincias, sobre todas la de Tlaxcalla y la de Xilotepec.

Para evangelizar en ciertas tribus se vió precisado á estudiar el *idioma Otomí*; ocupándose muchos ratos en enseñarlo á otros padres, y para ello escribió el *Arte de la lengua otomí* y *Vocabulario otomí-español*, y *viceversa*.

En sus últimos años se quedó ciego, y con el fin de poder seguir predicando á los Otomíes, hacía que algunos niños á quienes habia enseñado á leer le leyesen el *Vocabulario* y sermones, para no olvidar tan extraño idioma, mejor dicho, dialecto del mejicano.

Murió en Tula en el año de 1577.

GAONA (Fr. Juan de Gaona). Nada sabemos acerca de los primeros años de este castellano, que nació en Búrgos y tomó el hábito de franciscano en el convento de su ciudad natal, cursando en el mismo artes y teología.

Fué á Paris, donde perfeccionó sus estudios, ampliándolos á otras ciencias y estudiando la lengua griega.

A su regreso de Francia fué lector en la Universidad y convento de Valladolid, donde su fama era inmensa; por eso, dice la *Crónica*, la esposa del emperador Carlos V, doña Isabel, interesada en la conversion y gobierno de los indios, invitó al padre Gaona para ese cometido, arribando al Nuevo-Mundo en 1538.

Para poseer luégo la lengua de los indigenas, dejó todos los otros estudios, dedicándose á aprenderla con esmero y hablarla con correccion.

Desempeñó varios cargos de su orden en Méjico y otras provincias de Nueva-España.

Compuso en este idioma un libro con el título de *Coloquios sobre la religion cristiana*, que está impreso en Méjico en 4.º mayor.

De esta obra dice el erudito Fr. Juan de Torquemada que en su concepto, *es lo más notable y más bien escrito en lengua mexicana; porque en pureza y elegancia excede á todos los demas, añadiendo que en su composicion muestra el autor su elevado espíritu y grande sabiduría.*

Laméntase tambien Torquemada que hayan desaparecido otros libros que compuso Gaona, sin que viesen la luz, y escritos en mejicano. En castellano compuso uno titulado *Apologia*, que, como el primero, está impreso en Méjico. Murió en 1575.

NEVE (D. Luis de Neve y Molina), español-americano.

No me ha sido posible adquirir otras noticias de este autor que las que apunta el Ilmo. señor arzobispo D. Antonio Lorenzana, reducidas á que fué Neve catedrático de lengua otomí en el insigne seminario tridentino; que compuso y dió á luz en Méjico la *Gramática de la lengua otomí y Vocabulario otomí-español.*

Añade que era muy erudito, y que se valió de él para descifrar algunos geroglíficos de los indios.

HERRERA (Fr. Alonso). Castellano del valle de Bureba.

Estudió leyes en Salamanca, y concluidos sus estudios, pasó el noviciado en el convento de frailes franciscanos de dicha ciudad, y ordenado se le destinó misionero á Méjico, desempeñando diferentes cargos con saber y virtud. Fué guardian de varios conventos de aquel vireinato y desempeñó varios cargos.

Muy perito en el idioma mejicano, compuso en esa lengua *Pláticas doctrinales para muchas fiestas de santos*, con correspondencia castellana. Murió en Méjico en 1582, á edad muy avanzada.

Dicho libro está estimado por la elegancia del estilo y su pureza.

MOTOLINIA (Fr. Toribio). Era este misionero fran-

ciscano, natural de la villa de Benavente, y nada positivo sabemos acerca de sus primeros años.

Profesó en la orden de San Francisco, en el convento de Santiago de Galicia, y fué uno de los doce primeros que llegaron para evangelizar el Nuevo-Mundo, desembarcando en Veracruz.

Su apellido de familia era Benavente; mas como observase que los indios al verle decian *Motolinia*, indagó que equivalía á pobreza, por venir descalzo y con los hábitos remendados. Esto bastó para que él, que había hecho voto de pobreza, adoptase la voz de los naturales como un apellido honorífico y título glorioso, y así se llamó en adelante.

Señala la *Crónica* al P. Motolinia como uno de los más edificantes y celosos en la conversion de los indigenas, fundando un colegio en Santiago de Tlatilulco con el título de Santa Cruz, para educar niños de los indios, tarea en que fué incansable obrero.

Distinguíase, dice Torquemada, por una marcada aficion al estudio de las cosas naturales que por la novedad impresionaban su mente.

Muy curioso en la observacion de los fenómenos de la naturaleza, se trasladó á Nicaragua para estudiar el famoso volcan de aquel punto. Y añade el autor de la *Monarquía indiana*, «era desto tan amigo, que en teniendo relacion cierta de estas maravillas de naturaleza, las procuraba ver y las escribía para que otros las supiesen.»

Poseía con perfeccion el idioma anahuac y algunos dialectos.

Además de los manuscritos de historia natural (muy curiosos por ser los primeros de aquella parte), se le deben los libros siguientes:

*De Moribus indorum*, un tomo en folio, en mejicano y latin. Está impreso, pero es ya muy raro.

*Doctrina cristiana en lengua mexicana.*

*Relacion de lo sucedido á los doce*; historia de los sucesos habidos desde la salida de España de él y demas compañeros hasta su muerte.

Motolinia murió en el convento de San Francisco de Méjico, asistido por el obispo de Xalisco D. Pedro Ayala, su amigo particular.

OLMOS. En la nobilísima ciudad de Búrgos, y á fines del siglo XV, nació Andrés de Olmos. Parte de sus primeros años los pasó en Olmos de Esgueva, provincia de Valladolid, donde tenía una hermana casada. Estudió cánones y lenguas en la Universidad de dicha ciudad, entró despues fraile franciscano en el convento de Búrgos, desde el que fué al del Abrojo, del que era guardian el célebre Fr. Juan de Zumárraga.

Habiendo sido éste nombrado arzobispo de Méjico, eligió á Olmos para que le acompañase en su peregrinacion, y, segun el propio Zumárraga, para que le sirviese de alivio, con su ciencia, en sus espi-

*rituales trabajos*; embarcándose para el Nuevo-Mundo en 1525.

Ardía este hombre extraordinario en deseos de convertir infieles, y con ese fin se dedicó al aprendizaje de los idiomas, siendo tan perseverante en su propósito, que se instruyó sucesivamente en las lenguas *mexicana, totonaca, tepehuay guasteca*, «que le parecieron, dice un historiador, de mayor necesidad y más universales,» pudiendo con ellas comprender sin grande esfuerzo no pocos dialectos de las mismas derivados, algunos de los cuales también conocía.

Tal era su celo por evangelizar á los indios, que vivía entre los más bárbaros con la mayor confianza, y como si no fueran gentes que se comían los unos á los otros con sobrada frecuencia.

Una sola vez estuvo á punto de ser devorado por una tribu de salvajes; mas tuvo la suerte de ser á tiempo socorrido por indios amigos.

Refieren varios cronistas, y sobre todos el padre Juan de Torquemada en su magnífica obra *Monarquía indiana*, que merced á lo bien que poseía el P. Olmos los idiomas de los indígenas, y principalmente por el talento, virtud y carácter bondadoso de que estaba dotado, se había hecho querer de tal manera entre los naturales, que aún los de comarcas más feroces obedecían á la más ligera insinuación suya. Era muy frecuente ver llegarse sumisos los más bárbaros de ciertas tribus, dando á este misionero las muestras más cumplidas de cariñosa deferencia, diciéndole: ¡Andrés!! como significándole, *tú sólo puedes desarmarnos*.

Más aún: tan grata era la memoria que dejó, tanto el amor que supo inspirar á aquellas gentes, que la veneración hácia su nombre alcanzó hasta muchos años á los que vestían el hábito de su orden.

Por largo tiempo, al ver los salvajes de ciertas provincias á un franciscano, dejaban á distancia sus flechas, y postrándose ante él decían cariñosos y deferentes: ¡Andrés!! indicando, *en recuerdo de nuestro amigo Fr. Andrés Olmos, te saludamos*.

Eso hace el elogio del sacerdote caritativo y bondadoso que, solícito del bien, aliviaba á los bárbaros en sus tribulaciones, del maestro prudente que enseñaba con paciencia y con amor, del catequista evangélico todo solicitud y caridad.

Las dotes de inteligente obrero de la ciencia colocan á Olmos también en muy elevado rango.

Investigador diligente, no se contentó con estudiar los idiomas; procuró conocer las tradiciones, las costumbres, los ritos de aquellos pueblos. Él fué el primero en descifrar los geroglíficos que entrañan la *Historia* y la *Cosmogonía nahualt*, como oportunamente apunta el grande barón de Humboldt.

Sus múltiples trabajos son una riquísima mina para el más sabio antropólogo.

Compuso este erudito misionero los libros que van á continuación:

*Gramática de la lengua mexicana y Vocabulario mexicano español.*

*Arte de la lengua totonaca y Vocabulario de la misma*, con correspondencia castellana.

*Arte de la lengua guasteca y Vocabulario*: todas ellas impresas en Méjico, y todas de grande mérito.

*Doctrina cristiana en lengua totonaca.*

*Doctrina cristiana en lengua mexicana.*

*Doctrina cristiana en lengua guasteca.*

*Doctrina cristiana en lengua tepehuay.*

*Vocabulario de la lengua tepehuay*: también dados á luz en dicha capital del antiguo vireinato.

Escribió igualmente un *Tratado de los sacrilegios*, cuyo fin está bien conocido por el mismo nombre: está en lengua mejicana.

*Confesionario de indios*, en mejicano; dice Torquemada que es de importancia en su clase y muy extenso.

Escribió y dió á luz una comedia en mejicano, que tituló *Auto del juicio final*. Esta pieza, cuyo asunto es tan fácil de comprender, se puso en escena por varios indios ensayados por el autor, representándose en una plaza de Méjico decorada al efecto con todo aparato, á presencia del Virey, y asistiendo inmenso gentío. Atribúyenla grande interés literario.

Dicha obra, de la que se conservarán quizá muy raros ejemplares, se imprimió, como todas las otras, en las prensas que Juan Pablos llevó á Méjico.

*Pláticas que los señores mexicanos hacían á sus hijos*, escrita también en idioma nahualt.

Es este precioso libro un verdadero código de la moral de los indios del famoso imperio de Moteczuma, y, por tanto, un monumento que da á conocer la cultura de aquel pueblo. Se dió á luz en Méjico.

Tales máximas le fueron comunicadas por varios personajes indios en el mismo lenguaje sublime que Olmos conservó en su traslado, haciendo en ello un servicio á la ciencia al propio tiempo que á la literatura mejicana, de que era tan entusiasta.

La importancia de ese libro de moral mexicana bajo el aspecto de la ciencia etnográfica no necesita encarecerse. Él, mejor que la grandeza de los templos y de los caminos, permite estudiar las ideas de las gentes de Nahualt; por tanto, es una inestimable joya para el antropólogo diligente.

Para comprender cuál sea su mérito literario, bastará decir lo que piensa sobre este asunto uno de los más instruidos cronistas.

FÉLIX C. SOBRÓN.

(Continuará.)